

La Ilustración Artística

Año XIII

BARCELONA 15 DE OCTUBRE DE 1894

Núm. 668



EL ESCULTOR R. KISSLING MODELANDO LA ESTATUA DE GUILLERMO TELL
Monumento que ha de figurar en Altorf



Texto. — Tolstoi y sus extravagancias (con perdón sea dicho), por A. Sánchez Pérez. — Mariquita la pelona. Cuento, por Luis Mariano de Larra. — Caras de regreso, por Eduardo de Palacio. — Madagascar, por X. — Nuestros grabados. — La taberna de las Tres Virtudes (continuación), novela original de Saint-Juirs, con ilustraciones de Daniel Urrabieta Vierge, traducción de J. Yxart. — SECCIÓN CIENTÍFICA: Las grandes estaciones de ferrocarriles de Alemania. — Influencia de la abundancia de la alimentación de las plantas en la longitud de sus raíces. — Libros recibidos.

Grabados. — El escultor R. Kissling modelando la estatua de Guillermo Tell. Monumento que ha de figurar en Altorf. — Regreso á la aldea, acuarela de José Echeña. — La jota, cuadro de Baltasar González y Fernández. — Velocipedista del ejército japonés. — Artillería del ejército japonés del Sur. Batería de campaña en ejercicio. — Oficiales de artillería del ejército japonés revistados por el Mikado. — Estatua ecuestre de Ramón Berenguer III, obra de José Llimona. — La feria de Santo Tomás en Palma de Mallorca, cuadro de Lorenzo Cerdá y Bisbal. — El ejército chino: castigos durante la marcha. — Soldados vivaqueando, dibujos de R. Catón Woodville. — La reina Ranavalona Manjaka III de Madagascar y su esposo Rainilaiarivoni. — El conde de Yamagata, general en jefe del ejército japonés. — Monumento erigido en Cúcuta (Colombia) al general Santander. — Las grandes estaciones de ferrocarriles de Alemania. — Planta de trigo. — Nueva Casa de Correos en Liverpool.

TOLSTOI Y SUS EXTRAVAGANCIAS

(CON PERDÓN SEA DICHO)

Se queja Tolstoi — y de seguro que se queja con razón — de que sus traductores ó no le comprenden ó no quieren comprenderle, y en muchas ocasiones le hacen decir, no ya cosa distinta, sino hasta cosas contrarias de las que él ha dicho.

Esto mismo suele ocurrir á muchos que no son condes rusos, ni valen lo que Tolstoi vale, ni aun muchísimo menos; pero que por estas ó las otras causas logran la disparatada honra de ser traducidos, solicitada unas veces, no solicitada otras, aunque halagadora siempre para el pobre autor que suele poner en olvido aquella sentencia italiana: *Traduttore, traditore*.

He traducido á Tolstoi, sinceramente lo confieso; pero conste que lo he traducido del francés, no del ruso; entre otras razones por la muy poderosa de que el ruso no lo conozco ni de vista. Las páginas de Tolstoi que yo he traducido al castellano, me las dieron vertidas ya al francés; ignoro si bien ó mal vertidas, aunque me inclino á creer que mal, porque lo mismo en Francia que en España esos trabajos de verter se pagan poco y por consiguiente no suelen hacerse bien del todo.

Pero hecha esta confesión, que escrúpulos de mi conciencia me imponían, y solicitando (como humildemente solicito) el perdón del insigne novelista del Norte por lo que haya podido yo contribuir á desfigurarte sus pensamientos, declaro que no he tenido arte ni parte en la traducción que, copiada *ad pedem literæ* de un periódico madrileño, voy á reproducir ahora, con comentarios de mi cosecha intercalados en el texto.

«El sentimiento patriótico — dice Tolstoi (*ó le han hecho decir*), — del cual se dice que es sublime, es simplemente inmoral y estúpido.»

Falta ahora saber si, en efecto, es eso exactamente lo que Tolstoi quiso decir y dijo en ruso; ó si sus traductores de primera y de segunda y aun de tercera mano han interpretado equivocadamente, ó no han traducido con exactitud las palabras del original. — Si ha ocurrido esto último, como pudiera haber ocurrido, porque de menos nos hizo Dios, téngase por no escrito ni pensado lo que acerca de esas extravagantes opiniones sobre el patriotismo voy á decir ahora.

Si á un escritor español le hubiese ocurrido decir que el amor de la patria (patriotismo, según el Diccionario) es estúpido é inmoral, habríanse levantado contra él cien voces amenazadoras... ¿Qué digo cien?, millares de millares de voces se habrían levantado para protestar contra tal herejía, para anatematizar al protervo. No he olvidado aún que allá por el año de gracia de mil y ochocientos y sesenta y nueve pretendieron algunos madrileños quitar á la función cívica del Dos de mayo el marcado carácter de hostilidad hacia Francia que hasta entonces había tenido. No se trató entonces de vengar de las patrias glorias, no se intentó siquiera disminuir en un ápice el esplendor de la fiesta celebrada para honrar la memoria de los mártires de nuestra independencia nacional, se pretendía solamente, como llevo dicho, suprimir en ella lo que pudiera resultar depresivo para un pueblo hermano, con el cual, transcurrido ya

más de medio siglo desde los sucesos que se conmemoraban, nos unían lazos estrechos de amistad verdadera: pues bien; aquella tentativa noble y generosa, aquellos propósitos justos y razonables dieron motivo á no sé cuántos artículos terroríficos en los diarios que alardeaban de intransigente españolismo y á una agresión brutal de que fueron víctimas los pacíficos ciudadanos á quienes había ocurrido tan humanitaria idea.

A linternazos concluyó la reunión que con ese motivo se celebraba, y fué maravilla que no terminara á sablazos y á tiros, porque á todo iban dispuestos y para todo se habían apercibido los que se consideraron ultrajados en sus sentimientos de amor á España.

Pero ahora es un novelista ruso, un conde anarquista, que se llama Tolstoi, el que llama inmorales y estúpidos á los patriotas, y nadie se enoja y nadie se alarma y á nadie le ocurre protestar ni enfurecerse.

Y Tolstoi dice que es inmoral el patriotismo, porque pone á cada patriota en el caso fatal y necesario de pedir para su nación ventajas sobre las otras; con lo que se contradice aquella máxima de la moral cristiana: «No querrás nunca para los otros lo que no quieras para ti.»

Lo cual, dicho sea sin ánimo de ofender al célebrimo novelista ruso, no me parece del todo lógico, porque la máxima de no querer para otro lo que no quiero para mí, no me obliga á querer para todos lo que para mí quiero; pues esto y aquello son dos cosas completamente distintas.

Tolstoi dice además que el patriotismo es estúpido, porque si cada país se considera como superior á sus vecinos, ninguno de éstos ha de conformarse ni asentir á la opinión de los demás.

Lo cual — y repito que sea dicho sin ánimo de ofender á Tolstoi — me parece también poco razonable; pues aun queriéndome yo á mí mismo muchísimo más que á ninguno de mis prójimos, me conformo voluntariamente con la opinión de otros y asiento á lo que ellos dicen, cuando tienen la razón y la justicia de su parte.

Tengo para mí que el bueno de Tolstoi — porque, eso sí, he oído decir que es un buen señor, — tengo para mí, digo, que el bueno de Tolstoi confunde lastimosamente el patriotismo con lo que en nuestro país denomina del vulgo (á espaldas y sin permiso de la corporación doctísima que limpia, fija y da esplendor) *patriotería*.

Y me confirman en esta creencia tanto las palabras que he copiado cuanto lo que dice el novelista egregio, de que «el patriotismo no es otra cosa sino la preferencia dada por cada uno á su propio país y que está simbolizada en esta canción de los alemanes: *Alemanes, Alemania, por encima de todo.*»

No, el patriotismo es como lo define exactamente el Diccionario, *Amor de la patria*, y ese amor, digan lo que quieran todos los Tolstois de las Rusias europeas y asiáticas, no es inmoral ni estúpido, sino santo, noble, moralizador y justo. Podrá ser ridícula la *patriotería*, que es, con respecto al patriotismo, lo que es la parodia con respecto al drama; podrán ser estúpidas las exageraciones que llegan á convertir en caricatura los objetos más bellos, pues por algo se dijo y por algo se repite que de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso; pero el amor de la patria es tan justificado y tan conveniente y tan natural, por lo menos, como el amor de sí mismo, del cual no sé si dirá Tolstoi que es inmoral y estúpido.

El amor de sí mismo — que, como se dice vulgarmente y se dice muy bien, es el principio de toda caridad bien ordenada, — exagerado se convierte en egoísmo; aquél es virtud, vicio éste; sin aquél sería imposible la vida del individuo; con éste se haría muy difícil la vida de la sociedad.

Pues bien: el amor de sí mismo, el verdadero y más poderoso estímulo de la actividad humana, ensancha su esfera de acción convirtiéndose en amor á la propia familia; se extiende más aún y se convierte en amor á la patria; recibe mayor amplitud y se transforma en amor á la humanidad. Pero en cada una de estas amplificaciones pierde necesariamente en intensidad lo que en extensión gana, y el amor al género humano resulta de tal modo difuso que apenas la imaginación lo concibe como un tejido tenue, tenue más que inconsistente tela de araña.

Todos los hombres son hermanos, Amaos los unos á los otros, frases hermosas, conceptos sublimes, que á fuerza de ser sublimes y hermosos se salen de la esfera de nuestra sensibilidad.

El concepto del amor universal es, con relación al sentimiento, algo así como el concepto del infinito para la inteligencia; lo decimos, pero no acabamos de comprenderlo. Aun por eso, para formar idea aproximada del amor que debemos al prójimo, necesitamos acudir al cariño que sentimos para nuestro hermano ó al que tenemos por nosotros mismos.

Ahora si Tolstoi me preguntase — que, de seguro, no me lo preguntará — ¿qué es patria? Yo le diría, copiándolo del Diccionario: «El lugar, la ciudad, ó el país en que se ha nacido.»

Y si quería más amplitud, agregaría la comarca, la región, el continente y hasta el planeta y hasta el sistema planetario en que se halla el lugar en que se ha nacido.

La patria, la *patria pequeña*, como la llaman aquí algunos regionalistas, sería en rigor la aldea, ó el barrio, ó la calle en que se halla la casa en que vimos la luz, si en esa casa pasamos los primeros años y recibimos la impresión de la vida. En este sentido, el que nació, por ejemplo, en Madrid, puede llamarse y se llama madrileño, y quiere á Madrid y hace en favor de Madrid cuanto puede lícitamente; pero Madrid se halla en Castilla, y el madrileño se llama también castellano; Castilla está en España, y español es el madrileño. Y si viaja por Francia y por Italia, español se llama, como se llamará castellano cuando se encuentre en Galicia ó en Andalucía ó en Aragón. Como se llamaría europeo si se encontrase en América; como, admitiendo un imposible, se honraría con el título de terrícola, si le fuese dado residir temporalmente en otro planeta.

Pero esos distintos conceptos de la patria, y las consiguientes variaciones que en los grados del patriotismo hayan de ser admitidas para cada caso, no impiden que las opiniones de Tolstoi, para quien ese sentimiento natural y justo es inmoral y estúpido, constituyan una verdadera extravagancia del conde.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

MARIQUITA LA PELONA

CUENTO

I

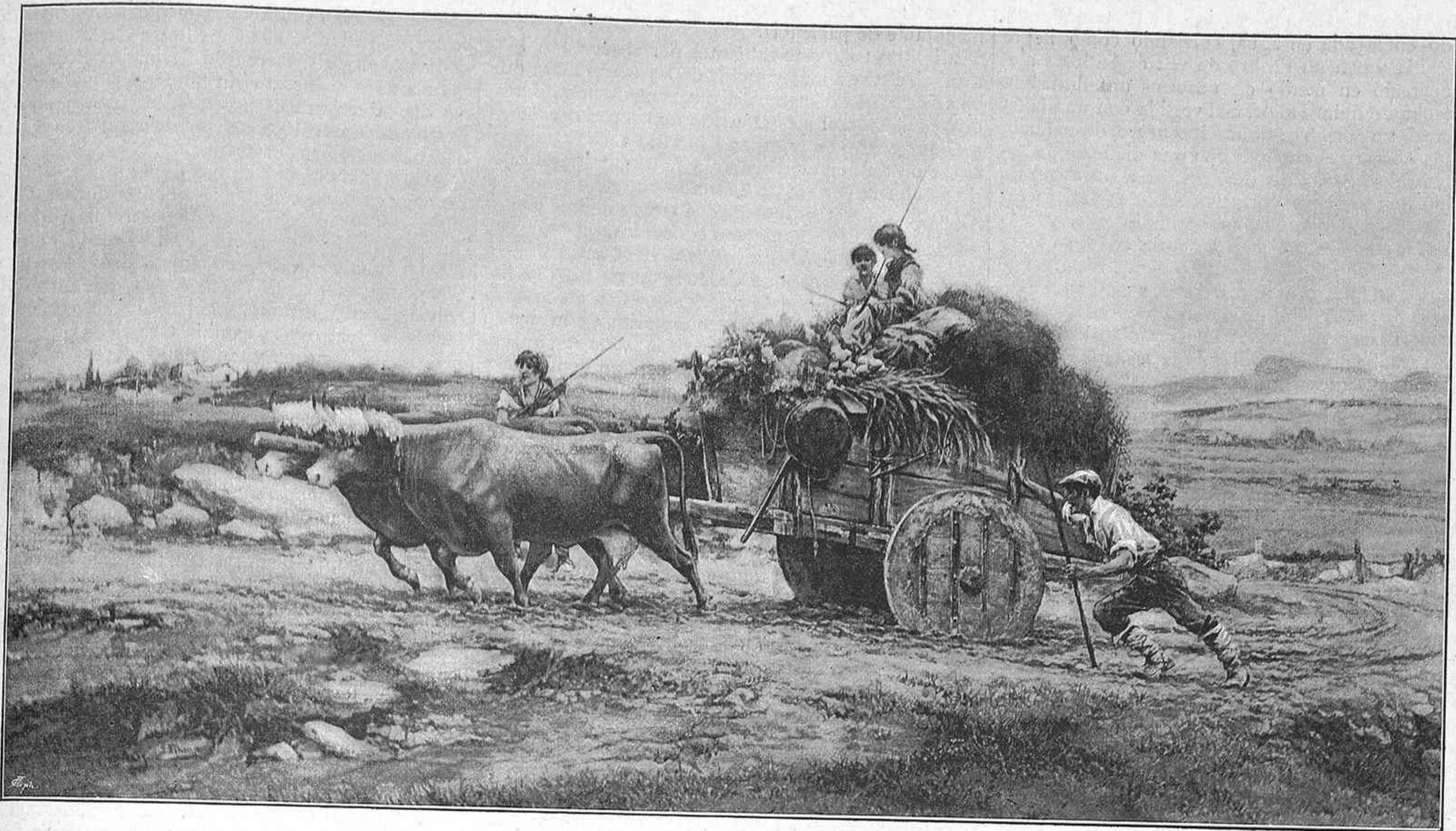
Las nuevas invenciones se suceden unas á otras con vertiginosa rapidez. Las ciencias, la industria, el comercio, las artes dan su contingente á esta fiebre innovadora, y hasta el *sport*, esa higiene de los ricos, cuenta de día en día con más curiosos y elegantes elementos.

No hace aún muchos años, aunque le parezcan demasiados á la nueva generación, que las costosas aficiones de la juventud masculina se reducían á la equitación y á la caza. Tener un caballo, y pasear en él por la Fuente Castellana (pues aún no había paseos de coches en el Retiro), era el desiderátum de los jóvenes elegantes; y pertenecer á una sociedad cinegética, con una acción en un monte ó soto, era el lujo de los hombres bien acomodados. Banqueros, hombres políticos, propietarios y hasta algún artista que otro cifraban su placer en salir el sábado por la noche de Madrid, llegar al monte á las dos de la madrugada, pasar dos horas calentándose al calor de una fogata en la casa del guarda y salir al puesto antes de apuntar el alba el domingo para oír el *cuchichí* de las simpáticas y succulentas perdices. El mismo día por la noche á dormir á Madrid.

Hoy con los patines (resucitados en la Rusia del Madrid moderno), los velocípedos y bicicletas, el pelotarismo con sus dos ó tres partidos diarios y sus sesiones de aficionados en cuatro ó cinco frontones diversos, los diez ó quince círculos más ó menos políticos, donde se tira de la oreja á Jorge con asiduidad perpetua, con todos los juegos conocidos antiguos y modernos, y las carreras de caballos de vez en cuando, y el tiro de pichón por temporadas, hay en Madrid para todos los gustos y todas las edades.

Pero por los años de 1860, la caza, como he dicho antes, era la gran diversión de los que podían tener el lujo de divertirse y de muchos de los que no podían tenerle. No sé fijamente á cuál de estos dos grupos pertenecía el autor de estas líneas, pero el hecho es que cazaba la codorniz en las vegas de Ciempozuelos, Torrejón ó Huerta; los conejos en el soto de San Fernando y en el monte de Boadilla; las liebres en Villamanta, y las perdices, por supuesto con reclamo del macho, en Belascone ó en Chozas de la Sierra.

Este último pueblo era el predilecto. Situado á una legua larga de Colmenar Viejo y á no larga distancia de Miraflores, con escasísimo vecindario, una ó dos escopetas lo más, de aficionados indígenas; sin carretera principal, sin ferrocarril, y sin más vehículos que la cruz de un macho ó las ancas de un pollino, el cazador más exigente estaba seguro de encontrar en el país abundante caza, pan moreno y duro, mucha leña, mal vino y rica y abundantísima leche. La persona más importante del lugar era el maestro de escuela, secretario del ayuntamiento, sacristán y Labrador. En el pueblo no había cura; el



Regreso á la aldea, acuarela de José Echena

párroco de un pueblo vecino venía cada quince días á decir una misa de alba y cada cuatro ó seis meses á dar la unción á un moribundo. Cuando llegaba el buen tiempo para la caza del macho, últimos días de febrero ó primeros de marzo, el maestro de escuela me escribía; yo me ponía de acuerdo con dos amigos que me acompañaban entonces á tales expediciones, y al día siguiente ya estábamos de camino.

El país, frío, montañoso, agreste, no ofrecía más atractivos que el de *dar gusto al gatillo*; así es que cuando no cazábamos, dormíamos; ni tertulia, ni visiteo, ni paseos. Dos ó tres horas de tresillo, como *plus café*, entre el ron y la cama, y al amanecer al puesto. Así vivíamos cuatro ó seis días en aquellas inmensas soledades, sin más compañero que el tío Chorla, que nos colocaba en los tollos respectivos y que nos re-

cogía las perdices muertas, mientras nosotros volvíamos al pueblo con muchas jaulas á la espalda.

Figúrese el lector cuál sería nuestra situación, cuando al día siguiente de nuestra llegada, en uno de los años de 186... se desgajaron las nubes, y se vieron inundados montes y valles por un diluvio torrencial. Dos, cuatro, ocho, quince horas llovió sin interrupción, y un viento frío que helaba los huesos nos impedía hasta asomarnos á la puerta de la casa. ¿Qué porvenir de cuatro días nos esperaba, si no amainaba el viento ni cesaba la lluvia?

A las nueve de la noche, con un humor de tres mil demonios ya estábamos acurrucados en nuestros respectivos camastros, y al amanecer del día siguiente los rugidos del aquilón y los goterones de la lluvia nos despertaron mal de nuestro grado. El mal tiempo

continuaba con caracteres de temporal. Se pensó en cuanto nos desayunamos en emprender la caminata de regreso á Madrid, dando por terminada la expedición venatoria. Pero ¿cómo estaría el camino? Montados en los burros, sin paraguas ni impermeables, ¿qué iba á ser de nuestra flaca humanidad? Y si á las cuatro ó seis horas salía el sol y amainaba el chubasco, ¿á qué extremos de rabia no íbamos á entregarnos? Además, aquella expedición no era para repetida. Podíamos despedirnos de las perdices hasta el año próximo.

Ideas tan encontradas dieron por resultado permanecer otro día más en la misma situación. Almorzamos, quisimos tener buen humor, aunque sin lograr tenerle por completo, y la emprendimos con el tresillo.



La jota, cuadro de Baltasar González y Fernández

Una hora llevábamos de aquel entretenimiento, cuando empapada en agua, corriendo como liebre perseguida y con un timbre de voz argentina y alegre, apareció en medio de nosotros una lindísima muchacha de quince años, mal vestida con una falda de percal, un corpiñito de merino negro, un pañuelo de seda obscuro al cuello, y con una diadema de cabellos rubios, capaz de dar envidia a un ángel de Murillo. Sus facciones correctas, sus ojos azules y expresivos, su andar airoso, su oprimido talle, y más que nada, cosas extrañas en su corta edad, su abultado seno y la redondez de sus caderas, hicieron de improviso en nuestro ánimo, decaído y malhumorado, el efecto de un espléndido sol en aquel brumoso día. Los tres cazadores éramos jóvenes, algo ligeros de cascos; amábamos a la mujer *sobre todas las cosas*, y estábamos ausentes de nuestras cortesanas Dulcineas.

- ¿Qué busca aquí esta buena moza?, dijo uno.

- ¿A qué viene aquí la reina de Chozas de la Sierra?, añadió el otro.

- ¿Quién eres, cómo te llamas y qué buscas?, exclamé yo, finalizando aquel rosario de preguntas, disculpable en nuestra curiosidad aburrída, pero á todas luces inconveniente y pretenciosa.

- Déjeme á la muchacha, contestó nuestro patrón, que aunque no es hembra que se corte por poco, algo ha de aturdira la presencia de los señores de Madrid.

- No hay tal, señor maestro, respondió la chica con una sonrisa angelical, enseñándonos el tesoro de sus dientes, blancos y pequeños como piñones recién mondados, y que hasta entonces había tenido ocultos en su fresca y sonrosada boca. No me asusto yo sin motivo, y estos señores no son para asustar á nadie.

- Muchas gracias, saladísimá criatura, creo que dije yo; pero si nosotros no somos para asustar, tú sí eres para llenar de asombro y de pasmo á todos los que te vean de improviso como nosotros. Como se supiera por Madrid que había estas piezas en Chozas, no dejaba de venir á cazar á estos sitios un solo madrileño.

- Déjeme á la muchacha, repitió el maestro de escuela; y figúrense que hace buen día y están desparramados por el monte.

- Pero ¿á quién busca esa niña en esta gazapera de hombre solo?

- A mí me busca, señores, y no hay que hacer juicios temerarios.

- ¡Ah, tunante, bribón, infame, pillo, y qué de cosas nos tenía guardadas!, exclamamos los tres en coro, rodeando á la muchacha y zarandeando al sacristán.

- No maltraten á mi maestro, que él me enseñó la doctrina cristiana y ahora me enseña algo de gramática y de geografía, para que yo no sea tan ignorante como las demás mozas del pueblo, y para hacer esa obra de caridad que le pidió mi madre en su última hora. Y en cuanto á mí, déjeme que me retire y vuelva en mejor ocasión á recibir mi lección diaria, deseando á ustedes mejor temporal y divertida caza.

Y diciendo esto, nos hizo una especie de saludo, algo burloncillo y lleno de gracia, y se dirigió á la puerta con intención de perdernos de vista lo antes que pudiera.

Los tres la cerramos el paso, y entre súplicas, requiebros, chanzas y protestas de formalidad, la obligamos á permanecer entre nosotros unos diez minutos. En ellos supimos, mitad referido por ella y la otra mitad por el secretario del municipio, que la atajaba la palabra siempre que las nuestras se escurrían, que todos los habitantes del pueblo la llamaban *Mariquita la pelona*, porque de resultas del sarampión hubo que cortarla á los siete años de edad su espesa cabellera rubia, que por extraña casualidad no le había crecido lo bastante para hacerse con ella trenzas, ni rodete, y la servía de aureola dorada para adornar el óvalo perfecto de su hermoso rostro. Aquellos rizos espesos y enmarañados la daban, como he dicho antes, un aspecto de ángel, y el color de aquel pelo, ni tirando á rojo como el de muchas chicas de la Sierra, ni rubio blanquecino, como el que deben muchas cortesanas á untos y mixturas, era uno de sus mayores encantos.

Supimos también que Mariquita no había conocido á su padre; y que era huérfana de madre hacía tres años; que vivía con su abuela materna, mujer atrabiliaria y despótica, que la trataba como á criada y no como á nieta; que la chica era más aficionada á correr por montes y cerros que á barrer y fregar el miserable hogar doméstico, cosa naturalísima á los quince años; que cuando no se la veía con el cántaro á la cadera, como si la tinaja de su abuela fuese el tonel de las Danaidas, se la encontraba de seguro bailando en reducido corro con chicos desocupados de la localidad, y que tenía vivísimos deseos de leer y se pirraba por las lecciones que el buen maestro de

escuela le prodigaba con paternal solicitud y dosis inagotable de paciencia.

Mientras todo esto sabíamos por el sacristán, Mariquita se reía á más y mejor de las ocurrencias que en voz baja le disparaba á quemarropa uno de nosotros. Zaldívar, el más aburrido de los tres cazadores y el empeñado en regresar á Madrid inmediatamente, se obstinó en acompañar á Mariquita hasta casa de su abuela por vía de distraído entretenimiento, y así lo hizo, marchándose los dos tan contentos y amigos como si fueran antiguos conocidos.

Hay seres que son á primera vista antipáticos á todo el mundo, aunque después de tratados se hagan agradables y hasta queridos, y hay en cambio personas que con mucho menos mérito, y aun siendo feos ó desgarbados, poseen lo que se llama *don de gentes*; agradan á primera vista é inspiran confianza y afecto en cuanto abren la boca, aunque no digan más que vulgaridades ó despropósitos. Zaldívar era uno de estos últimos, y en cuanto á Mariquita, ya he dicho que con su mirada y su sonrisa era capaz de llevarse de calle á cuantos hombres encontrara en su camino.

Aquella tarde mejoró el tiempo: un sol espléndido disipó las nubes; se calmó el aire, con el cual no puede cazarse en ningún tiempo, y con las jaulas enfundadas nos dirigimos á los tollos respectivos. Colocónos el tío Chorla, cantaron los reclamos, contestaron *los del campo*, entraron los machos, y sonaron diez ó doce tiros como estreno de la cacería. Al recogerlos de los últimos puestos, ya á la caída de la tarde, el tío Chorla no pudo encontrar á Zaldívar. Cuando llegamos á la casa nos esperaba éste sentado junto al hogar, cansado, según nos dijo, de esperar inútilmente la entrada de un macho que no había dejado de cantar en toda la tarde. ¿Si estarían ya pasadas las perdices? Sólo una había matado en el primer puesto, pero ya se desquitaría de su mala suerte al siguiente día.

Amaneció éste, más hermoso aún que la tarde anterior, y la hecatombe fué asombrosa. Nueva decepción al no encontrar á nuestro compañero ni en el puesto ni en la casa. ¿Qué significaba aquella idea *separatista* llevada á cabo con tal perseverancia? Por la tarde pretextó Zaldívar que le dolía la cabeza y no salió con nosotros; pero ¡oh sorpresa!, al cruzar yo una cañada para ir desde el Lombillo al cerro alto, cátate á Mariquita cogiendo espárragos trigueros, acompañada ¿por quién dirán ustedes?, por Zaldívar con la escopeta al hombro, pero sin jaula de perdiz á la espalda, riéndose á carcajadas, y tan distraído que no me vió ni á la bajada ni á la subida de la cárcava.

Ya estaba descubierto el misterio. El bribón del cazador quería cazar en vedado, y se dedicaba al ojeo por su cuenta y riesgo, ocultándonos sus planes y desarrollando su estrategia sin perder tiempo. La *pieza* lo valía; era sin duda *bocado de príncipe*; pero como á pesar de sus quince años y de su cara de ángel, más parecía tener de cauta que de casta, no consideré el lance peligroso para la chica, y no me pareció descabellado para Zaldívar; pues después de todo, más encantos ofrece una doncella de quince abriles que una perdiz de dos hierbas, y es preferible cien veces la voz de una chica bonita, que el canto de todos los pájaros de la tierra.

Conté el lance á mi otro compañero; le mareamos á pullas antes de acostarnos; él se nos hizo el reservado y casi el serio, para evitarse sin duda la concurrencia de sus dos amigos, y dos días después terminó la cacería sin ningún contratiempo, habiendo recibido las dos noches últimas la visita de Mariquita, que quiso honrar la humilde casa de su maestro de geografía, tomando café con sus huéspedes.

Despidiéronos también la chica; pero ¡cosa rara, según mi criterio literario!, la despedida no fué triste, ni la muchacha derramó lágrimas, ni languidecieron sus miradas, ni palideció su faz; por el contrario, quedóse alegre como unas castañuelas; recibió no sé qué de su amartelado y nuevo amigo, al estrechar su mano por última vez, y ondeó su pañuelo cuando traspasando el cerro que iba á hacernos perder de vista á Chozas de la Sierra, sólo debió ver en el horizonte la alta silueta del tío Chorla, que servía de retaguardia á nuestra caravana.

II

La vida de Madrid y nuestras respectivas ocupaciones separaron á los tres cazadores. Solíamos vernos en teatros varios, en el café Suizo al anochecer, en la Fuente Castellana algunas tardes, pero no volvíamos á acordarnos de Chozas para nada. ¡Cuál no sería mi sorpresa, cuando una noche, en el estreno de un drama de Tamayo, apareció en un palco bajo del teatro del Príncipe, llamando la atención por su

hermosura y elegante atavío, una rubia encantadora, que se parecía extraordinariamente á *Mariquita la pelona*, la casi mendiga de Chozas de la Sierra. No podía ser ella. ¿Qué absurdo de mi imaginación me la traía á las mientes? Y sin embargo, ¡aquella cabeza, aquella cabeza rubia, cuyo cabello ensortijado no le pasaba de la nuca! ¡Aquel peinado sin trenza ni rodete, aquellos rizos ensortijados!..

Acompañábala una mujer de equívoca catadura, fisonomía vulgar, edad incierta!.. Mis dudas, mis vacilaciones concluyeron en breve rato. Abrióse la puerta del palco y entró Zaldívar. El cazador de Chozas, mi amigo, el reservado triunfador de aquella virtud campesina, se la había traído á Madrid, vivía con ella, era su amante, y la paseaba en público y la llevaba al teatro y la exhibía en palco. De repente me vió... ella, no él, y me saludó afectuosamente, y sin detenerse un momento me hizo seña de que subiera á saludarla, y me señaló á su acompañante, y ambos rieron y redoblaron sus señas. Continuó la representación y yo no los perdí de vista. Parecían dos recién casados en plena luna de miel. Furtivos apretones de manos, sonrisas llenas de felicidad descarada, medias palabras dichas al oído, miradas intensas y apasionadas, y todo esto, naturalmente, sin alarde cínico, pero sin reserva ni miramiento al público que fijaba en ellos su atención.

Zaldívar era un muchacho rico, de familia distinguida, y conocidísimo por consiguiente en todos los círculos de la buena sociedad. Aquel pregón ostensible y descarado de unas relaciones ilícitas con una muchacha desconocida hasta en el *demi-monde* de Traviatas, hizo su efecto desastroso. Parecía el hombre tan feliz con su conquista, que ni siquiera advertía la atención con que todo el mundo le observaba. En cambio Mariquita, á pesar de su ignorancia de la corte y de sus usos, se hizo cargo de su situación, y afrontándola con tranquila indiferencia, se dió perfectamente cuenta del efecto que su hermosura producía en hombres y mujeres. La agreste serrana, la muchachuela lugareña y desgreñada sabía vestirse, sabía hablar, sabía mirar con los gemelos, jugar con el abanico, exhibirse, en fin, como si hubiera nacido en Madrid, como si hubiera venido á España desde cualquier país extranjero. ¡Demonio de muchacha! ¡Qué poder el de la belleza femenina. Qué intuición la de aquel diablillo de quince años, que así se sobreponía á las circunstancias difíciles que la rodeaban!

Subí al palco; me recibieron como amigos antiguos; no se habló de la cacería, ni del pueblo, ni del maestro de escuela. El hecho consumado apareció con toda su desnudez, pero sin historia pasada, sin porvenir. Aquello era un presente de felicidad, de pasión, de anarquía moral.

- Ven á vernos cuando quieras, me dijo Zaldívar. Generalmente no salimos de noche. Tomamos el café á las nueve. *Esta* tiene ocupado todo el día con sus maestras de francés y de piano. Estudia sin cesar.

- Los amigos verdaderos de Pepe, lo son míos desde luego, y yo sé que lo es usted mucho de este bribón, añadió ella dándole familiarmente una palmada en el hombro, como si no hiciera nada, como si tal cosa.

La verdad, en aquel momento no pensé en nada más que en la dicha de mi amigo. ¡Poseer *él solo* las primicias de aquel cuerpo y la virginidad de aquel alma, era suerte! ¡Qué ratos debía pasar aquel afortunado mozo con aquella conquista... inusitada, extraña... inverosímil! No los visité, ni volví á verlos juntos.

Pasaron dos años, y una tarde que paseaba yo solo por la Fuente Castellana se me acercó Zaldívar; ni él ni yo habíamos hablado una palabra de Mariquita en todo aquel tiempo. De repente al llegar al obelisco, en una victoria á la *demi-dumont* vi una rubia encantadora que nos saludaba con el abanico: fijé la vista... y era ella... *Mariquita la pelona*, lujosamente vestida, la librea y los arneses irreprochables, el *groom* diminuto, el cochero solemne. Zaldívar apenas contestó al saludo; ella palideció un poco al vernos.

- ¡Calla! ¿Se acabó eso?, pregunté á mi amigo.

- Ya lo creo: al año de conocerla me la pegó con el secretario de la embajada inglesa. A los tres meses se lió con el embajador y dejó al secretario; ahora creo que es cosa de Indo, el rey de la Bolsa.

- ¡Veo que la chiquilla tiene buen apetito!

- Es capaz de tragarse todos los millones del Banco de España.

- ¡Y pensar que no tiene diez y ocho años y que ha nacido en Chozas de la Sierra!

- ¡Y divina! De eso no hay que hablar. ¡Una Venus sin corazón, ó mejor dicho, con treinta corazones! ¡Siempre alegre, siempre cariñosa, pero coqueta hasta las uñas, y como te digo, insaciable de dinero! ¡Hará carrera! ¿Cuándo volvemos á la caza de la perdiz?

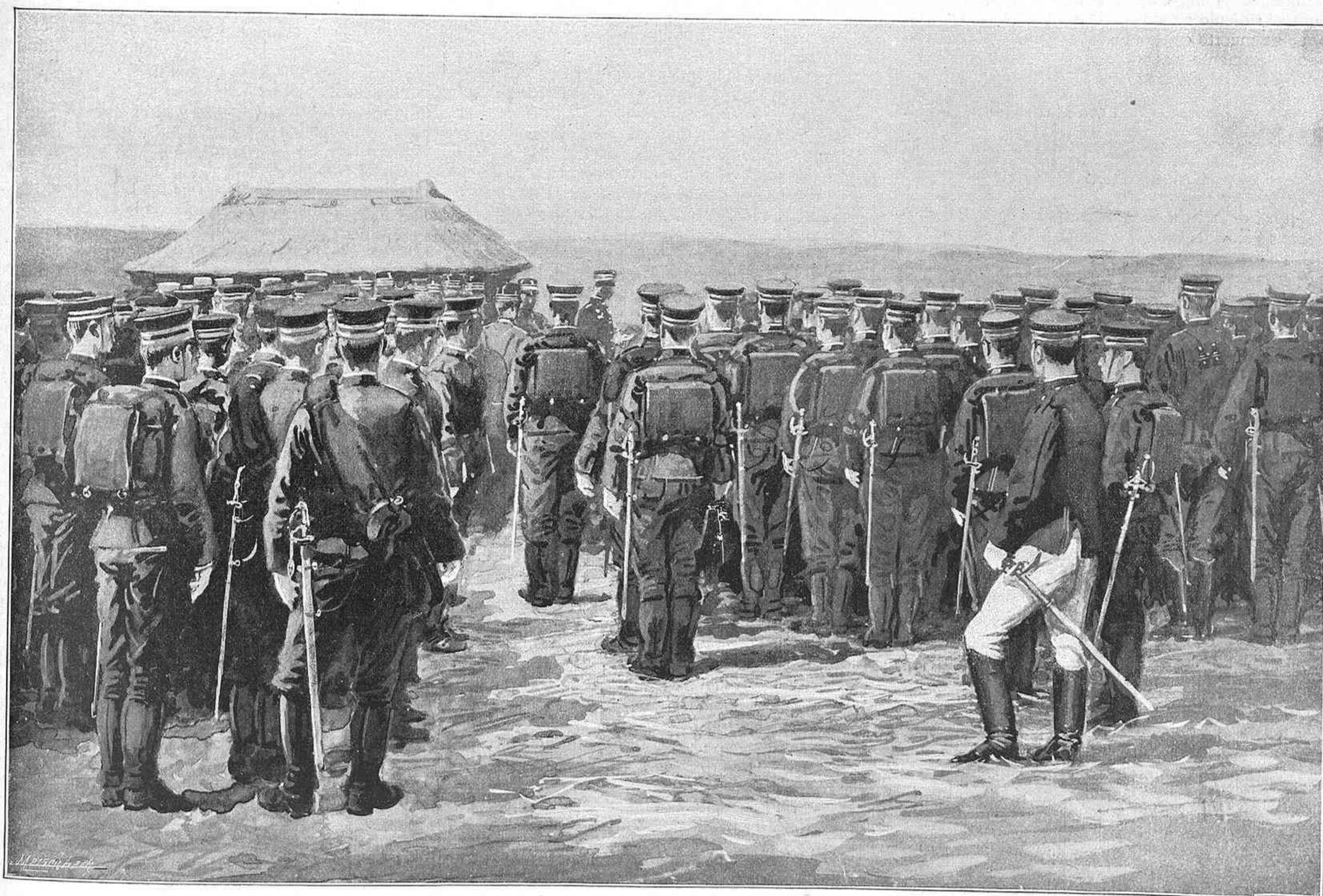
Y no se habló más de semejante cosa.



VELOCIPEDISTA DEL EJÉRCITO JAPONÉS



ARTILLERÍA DEL EJÉRCITO JAPONÉS DEL SUR. - Batería de campaña en ejercicio



OFICIALES DE ARTILLERÍA DEL EJÉRCITO JAPONÉS REVISTADOS POR EL MIKADO

LA GUERRA CHINO-JAPONESA. - PREPARATIVOS MILITARES EN EL JAPÓN

(de fotografías del capitán J. Ingles, ex consejero de Marina del gobierno japonés)

III

En el año de 1886 me nombró el gobierno delegado de España en la conferencia internacional de la Unión para la protección de la propiedad industrial que había de celebrarse en Roma el 29 de abril. Salía yo de una de las sesiones que se celebraban en el ministerio de Agricultura, acompañado del conde de Rascón, nuestro embajador cerca del rey Humberto, cuando nuestro carruaje se cruzó en el Corso con un landó de los más lujosos.

— ¿Quién es esa muchacha?, pregunté al conde, al reconocer á *Mariquita la pelona*, menos linda, pero mucho más hermosa que en Madrid hacía veinte años.

— Es una compatriota nuestra. Está dando los grandes escándalos. Se dice que la trajo de Constantinopla hace tres meses un bajá de tres colas.

La chica me vió, pero fingió no conocerme.

Aquella misma noche, al retirarme á mi habitación en el *Albergo*, me encontré con una esquelita perfumada.

«¿Quiere usted dar un apretón de manos á la chiquilla de Chozas? Tendré mucho gusto en charlar un rato con mi *desinteresado* amigo.»

Eso decía la misiva. Yo, no sé por qué, me apresuré á no acudir á la cita. Al día siguiente salí de Roma, con dirección á Nápoles y Pompeya. Así como generalmente tiene el hombre remordimientos por cada ocasión femenina que ha dejado perder, y que como toda *ocasión* no ha vuelto á recobrar jamás, así yo hubiera sentido remordimientos por aprovechar aquella con que *Mariquita la pelona* me brindaba.

¡Aberraciones del corazón humano! Sin haber yo tenido la culpa en poco ni en mucho de la pérdida de aquella muchacha, parecíame que mi expedición de caza de 186... tenía la culpa de todo.

IV

Hace tres días ha muerto en el Hospital provincial de Madrid, á la edad de cuarenta y cuatro años y en la mayor miseria, la bella, la elegante, la rica, la escandalosa rubia, conocida en Chozas de la Sierra con el ridículo apodo de *Mariquita la pelona*. Dicen que ha muerto como una santa y que tenía el cabello completamente blanco!

Sic transit gloria mundi.

LUIS MARIANO DE LARRA

CARAS DE REGRESO

¡Qué diferencia de color entre las caras de las personas procedentes del veraneo y las de los sedentarios é inamovibles vecinos de este Madrid «que se ha de comer la tierra!»

Ya lo saben ellos, los chicos y las chicas *cúrsiles*, y lo remedian en cuanto pueden.

Esos rostros, curtidos por el sol y «por el viento de nuestros mayores», que dice un cronista, demuestra cierta principalidad en esa temporada del año, cuando regresan del campo, de la playa, del balneario ó del asilo las personas que veranean.

En cambio, las caras blancas y las manos blancas acusan el apego de ciertas personas al hogar doméstico ó la carencia de recursos y «celos mal reprimidos.»

Entre los veraneantes de regreso se ve en la Carrera de San Jenónimo y en la calle de Alcalá «alternando» á varias familias é individuos sueltos, que, en principio de verano, hacen que se van y vuelven.

En septiembre y octubre es incalculable el número de convalecientes de personaje, que se lucen en calles y paseos.

La blancura es de mal gusto en estos meses.

Lo superior, lo excelso es el color de chocolate de peseta.

La gente morena es la aristocrática.

Los blancos somos los pobres, los insignificantes, salvo honrosas excepciones.

Esto ocurre lo mismo «en París y en otras capitales de provincia», como escribe uno en un diario de Madrid de los de mayor subvención.

Triunfan los morenos.

¿Qué muchacha que se estime en algo se echa á la calle con la cara que usa en invierno, rebozada en polvos de arroz, blanco cera y tinto virgen?

¿Qué joven pelón, de esos con patillas que parecen parches contra la jaqueca, se atreve á darse al público sin usar el rostro chino?

¡No parecer convaleciente de bañista!

¿Quién no viaja?

Solamente los que no pueden por sus muchas ocupaciones ó por su escasez de recursos.

¿Pero resignarse á confesarlo algunas personas de bien, pero con pretensiones? Jamás.

Conozco á varias personas que dedican la primera quincena de septiembre á *culotarse*.

Pasan los días al sol, para que se les dore la tez como se doran las espigas en el campo.

¡Ah! ¡*Combien de poesie!*

— ¿Adónde va usted, amigo D. Fulano, con este sol de Justicia?

— Al barrio.

— ¿A pie?

— En estos meses de calor no puedo resistir el tranvía ni los coches de punto.

Una semana después tropiezan ustedes con el señor D. Fulano.

— Vengo de San Sebastián y Biarritz, responde, sin acordarse de que le han visto ocho días antes camino del barrio de Salamanca.

Señoritas que toman el sol en agosto, para regresar de Spá ó de espátula en septiembre, conozco á varias.

Hay caballero que deja de lavarse la cara y las manos en el mes de junio y no vuelve á humedecerse hasta octubre.

— ¿De dónde viene usted?, le pregunta algún inocente.

— De Bélgica.

— ¿Ha estado usted de fogonero en alguna fábrica?

La química facilita á las gentes *cúrsiles* los medios «de regreso» á Madrid á menos de mitad de precio.

He leído varios anuncios *ad hoc*.

«A las personas que quieren parecer viajeras: aviso interesante:

»Tintes de diferentes tonos para dar al rostro y á las manos color local.

»Blanco amarillento para teñirse de bañista sulfuroso.

»Siena tostada, propia de viajero que ha recorrido las provincias italianas.

»Colorado, ojo de perdiz, para imitar á los que regresen de las Vascongadas ó de las Vascuences.

»Con acento.»

Y así sucesivamente.

«El progreso ante nada se detiene,» como decía en un lema pintado en la portada de su establecimiento el dueño de un «comercio de ultramarinos y coloniales de allende los mares,» hombre instruído, según se desprende del contexto.

Respecto á las prendas de vestir, también es fácil la imitación de las que sirven para viaje, ó sea la falsificación.

Gracias á esto, una persona que gusta de lucir puede proporcionarse los medios para conseguirlo.

Lo que priva en temporada de otoño es lo moreno.

El muchacho que se declare á una joven con ciertas pretensiones, que se tueste primeramente.

Es decir, que se disfrace de salvaje elegante ó de africano civilizado.

Lo primero que miran las chicas de buen gusto es si el pretendiente tiene cara de bañista ó de bañero.

Esto es: «si disfruta una posición desahogada ó no se lava jamás.»

Los morenos están muy bien considerados en septiembre y octubre.

Son los meses dedicados á la naturaleza silvestre, por decirlo así.

Cuando las damas parecen pastorcitas y los galanes segadores ó vaqueros.

¡Qué vergüenza es verse blanco en esta temporada! Porque es no ser persona importante.

Nadie.

En cambio, si en enero ó febrero dijeran á una señorita ó á un caballero que fueran morenos...

EDUARDO DE PALACIO

MADAGASCAR

El conflicto surgido entre Francia y Madagascar ha atraído la atención general sobre aquella lejana isla, cuyo protectorado ejercen los franceses en virtud del tratado de 1885, y por esto creemos que interesarán á nuestros lectores algunos datos acerca de la misma, siquiera á la índole de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos obligue á apuntarlos muy someramente.

Madagascar, con una superficie de 600.000 kilómetros cuadrados, dotada de excelente clima y de flora y fauna variadas y abundantes, cuenta por lo mismo con espacio y medios suficientes para constituir un territorio con pueblos propios. El país es montañoso y algunas de sus montañas alcanzan una altura de 3.000 metros; pero la parte más fértil, aunque también la menos sana de la isla, es la costa, en donde después de la estrecha faja de bosques que

cubre casi todas las playas, se encuentra la región de los pantanos, de las llanuras onduladas y de las colinas, cuya fertilidad contrasta con la pobreza vegetal del interior.

La población de Madagascar, que se hace ascender á cuatro ó cinco millones de habitantes, presenta, considerada desde el punto de vista de las razas, gran variedad de elementos, observándose en ella rasgos negroides al lado de otros marcadamente malayos, amén de la influencia árabe que se ha dejado sentir en la misma desde remota fecha.

La mayor densidad de la población la encontramos en la comarca del Imerina, ó sea en los montes del interior, habitada por los hovas, que son la tribu principal de la isla.

Muy contradictorias son las noticias que acerca del carácter y costumbres de los hovas han dado los viajeros que han recorrido y estudiado aquel país; pero indudablemente aciertan los que les suponen falsos, embusteros é hipócritas, defectos al lado de los cuales existen ciertas virtudes, nacidas, como sus vicios, de cierta molición que les hace aceptar lo bueno y lo malo de las influencias extranjeras. La avaricia, la afición á las bebidas espirituosas y el afán de venganzas son también rasgos característicos de los hovas; pero en cambio en todos ellos alienta un sentimiento patrio que se mantiene aun en las circunstancias más difíciles. Son trabajadores, pero su laboriosidad no se distingue por la tenacidad ni por la perseverancia: la agricultura y la preparación y manufactura del hierro constituyen las principales ocupaciones de los hombres, dejándose por lo general las demás faenas al cuidado de las mujeres. La riqueza mineral y la fertilidad de algunos de aquellos territorios han llevado á ellos algunos extranjeros, uno de los cuales, el francés M. León Suberbie, ha fundado en las soledades del Bueni una aldea á la europea, en donde reside la colonia que explota unas minas de cuarzo aurífero.

En materia de religión, aunque el cristianismo ha hecho entre ellos bastantes prosélitos cuando menos aparentemente, los hovas han conservado durante mucho tiempo y aun en parte conservan gran número de sus antiguas supersticiones que les hace adorar á ciertos animales y á objetos inanimados, como piedras y estacas, idolatría que los misioneros han procurado combatir y que en algunos puntos han destruído. En cuanto á las relaciones de familia, con decir que está muy extendida la poligamia se demuestra que los lazos familiares no son muy estrechos: cierto que oficialmente la poligamia ha sido abolida, pero bien puede afirmarse que sólo lo ha sido de nombre, pues en realidad los hovas, aunque para cubrir las apariencias no toman más que una mujer, mantienen, además de ésta, varias concubinas. Sin embargo, la primera mujer, hasta en los territorios en donde está admitida la poligamia, es la esposa legítima: sus hijos son privilegiados y vive con su marido en una cabaña aparte alrededor de la cual se agrupan las de las otras mujeres. Los hijos profesan gran respeto á sus padres, los cuales muéstranse muy orgullosos de su descendencia, especialmente de la masculina.

Divídense los hovas en tres clases perfectamente separadas, á saber: la nobleza, la burguesía y los esclavos. La primera, cuyos miembros son en su mayoría descendientes de los antiguos caudillos, tiene el carácter de hereditaria, y con ser la privilegiada no es sin embargo la más rica; entre ella y la burguesía existe de algún tiempo á esta parte la que podemos llamar la aristocracia del mérito, formada por los servidores del Estado, á quienes el soberano concede honores en recompensa de sus servicios.

La capital de Madagascar, Tananarive ó Antananarivo, cuya población puede estimarse en 150.000 habitantes, está asentada sobre tres colinas que convergen hacia un punto en donde se alza el palacio real. El panorama general de la ciudad es en extremo pintoresco: sus casas aparecen entre bosques de mangos, de lilas, de rotas y amontanas, sobre los cuales destaca el morado follaje de *bugainvilla*; pero al penetrar en ella, al contemplar las estrechas calles que la falta de todo cuidado de conservación tiene convertidas en torrenteras, desaparece el encanto.

El recinto en donde está enclavado el palacio de la reina contiene gran número de construcciones, tales como el *Tranovola* ó palacio de plata, así llamado por las campanillas que adornan su tejado; el *Masoandro* ó vivienda particular de la reina, la capilla particular de ésta, los sepulcros reales y un elegante kiosco que domina la llanura del Mahamasina. El gran palacio, tiene cierto aspecto de magnificencia y en el salón del mismo celebrase todos los años el día 22 de noviembre la ceremonia del *fandroana* ó baño de la reina con que se inaugura el año malgacho.

El palacio del primer ministro, la catedral católi-

ca, el palacio de la residencia general y el de la tía de la reina son los principales monumentos de la capital que, esparcidos en medio de habitaciones de muy mediana apariencia, denotan un esfuerzo para entrar en la vía de la civilización, pero con ese aspecto pintoresco que es resultado de una imitación infantil y torpe todavía.

Descritos, aunque muy á la ligera, el país y sus pobladores, digamos algo de la reina y de su primer ministro, cuyos retratos publicamos, y que en sus respectivos caracteres y recíprocas relaciones ofrecen algunos rasgos en extremo curiosos.

Ranavalo Manjaka III, que es el nombre de la soberana, cuenta actualmente treinta y tres años, es de pequeña estatura, de tez aceitunada y facciones algo duras y no carece de gracia y distinción. Dotada de no escasa inteligencia, fué en su infancia instruída por monjas católicas francesas; pero dominada por el partido anglo-hova, ha abrazado el protestantismo. Viste con predilección el traje nacional, es decir, la sencilla falda blanca á pliegues y el *lamba* de algodón blanco sobre los hombros; pero también sabe vestirse á la europea, y en sus ropas cuéntanse por docenas los trajes y los sombreros que se hace enviar de París y en los desvanes de su palacio amontónanse en cantidades prodigiosas las cajas de guantes, de medias de seda, de zapatos, de jabones, de esencias y de aceites de las mejores fábricas.

Las principales ocupaciones de la soberana son recibir y desembalar cajas de novedades, probarse las prendas que en ellas recibe, y jugar á juegos de salón; siendo tal la afición que por éstos siente, que no sale uno en Europa que en seguida no figure entre los reunidos en el palacio de la reina.

Ranavalo es muy poco aficionada á recibir á los europeos; dice ella que es porque no tiene terminado su palacio, pero las verdaderas causas de su proceder en este punto son: primera, porque odia á los extranjeros; segunda, porque en presencia de éstos se siente torpe, y tercera y principal, porque su esposo, el primer ministro, que la maneja á su antojo, no quiere que los europeos la vean y traten mucho.

No le faltan á la reina ganas de sacudir tan pesada tutela; su mayor deseo consiste en ejercer realmente el poder de que por derecho está investida, y al efecto se ha rodeado de una camarilla aristocrática cuya

alma es su tía, la princesa Ramasindrazana, que ya una vez intentó dashacerse del primer ministro; pero éste, que tiene admirablemente organizado el servicio de espionaje, descubrió en agosto de 1893 el complot, una de cuyas cabezas era su propio hijo Roejolina, y mandó desterrar á los principales conjurados.

Rainilaiarivoni, que era ya esposo de la segunda reina de Madagascar, Ranavalo II, al morir ésta en 1883 elevó al trono á la princesa Razafindrahety, la actual soberana, casándose con ella y continuando de esta suerte en el disfrute del poder que venía ejerciendo desde 1863, fecha en que sucedió á su padre en el cargo de primer ministro. Más de treinta años hace, por consiguiente, que este hombre, cual pocos ambicioso, gobierna al pueblo hova, y aunque se ha intentado varias veces derribarle y aun suprimirle con el puñal ó el veneno, todas las tentativas han fracasado.

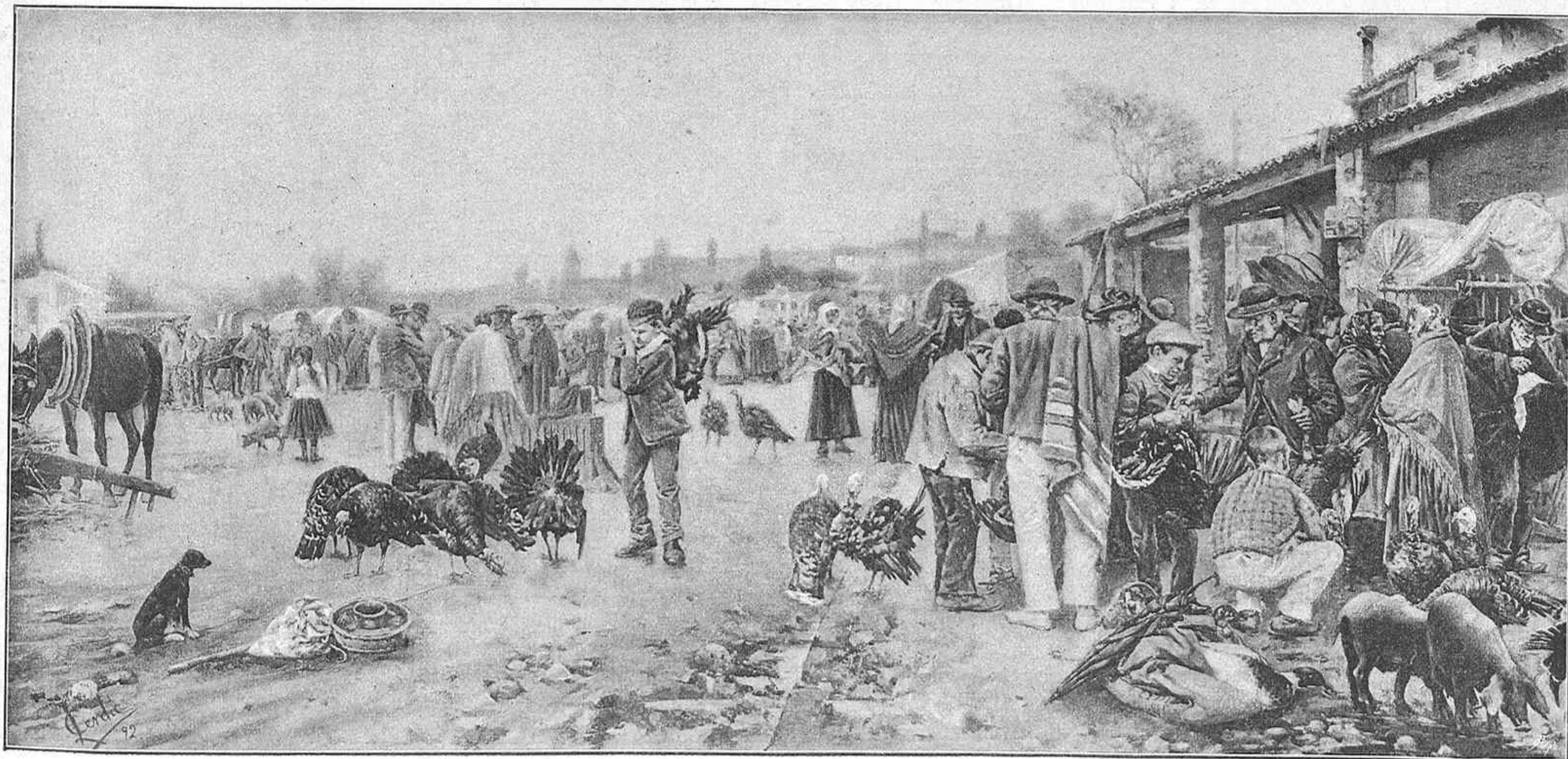
A consecuencia de este estado de cosas en la corte, minada por intrigas de toda clase y solicitada y combatida por opuestas influencias, la nación hova, ha poco tan poderosa y próspera, hállase en visible decadencia: la agricultura languidece, la industria y el comercio están abocados á la ruina y la residencia de los extranjeros en aquel territorio hácese más difícil cada día. La anarquía en los de arriba, el bandolerismo en los de abajo, he aquí la actual situación de Madagascar, para poner término á la cual ha enviado Francia á M. Le Myre de Vilers, ex residente en aquella isla, y se apresta á una expedición armada para el caso de que resultaran infructuosas sus gestiones en la vía diplomática. - X.



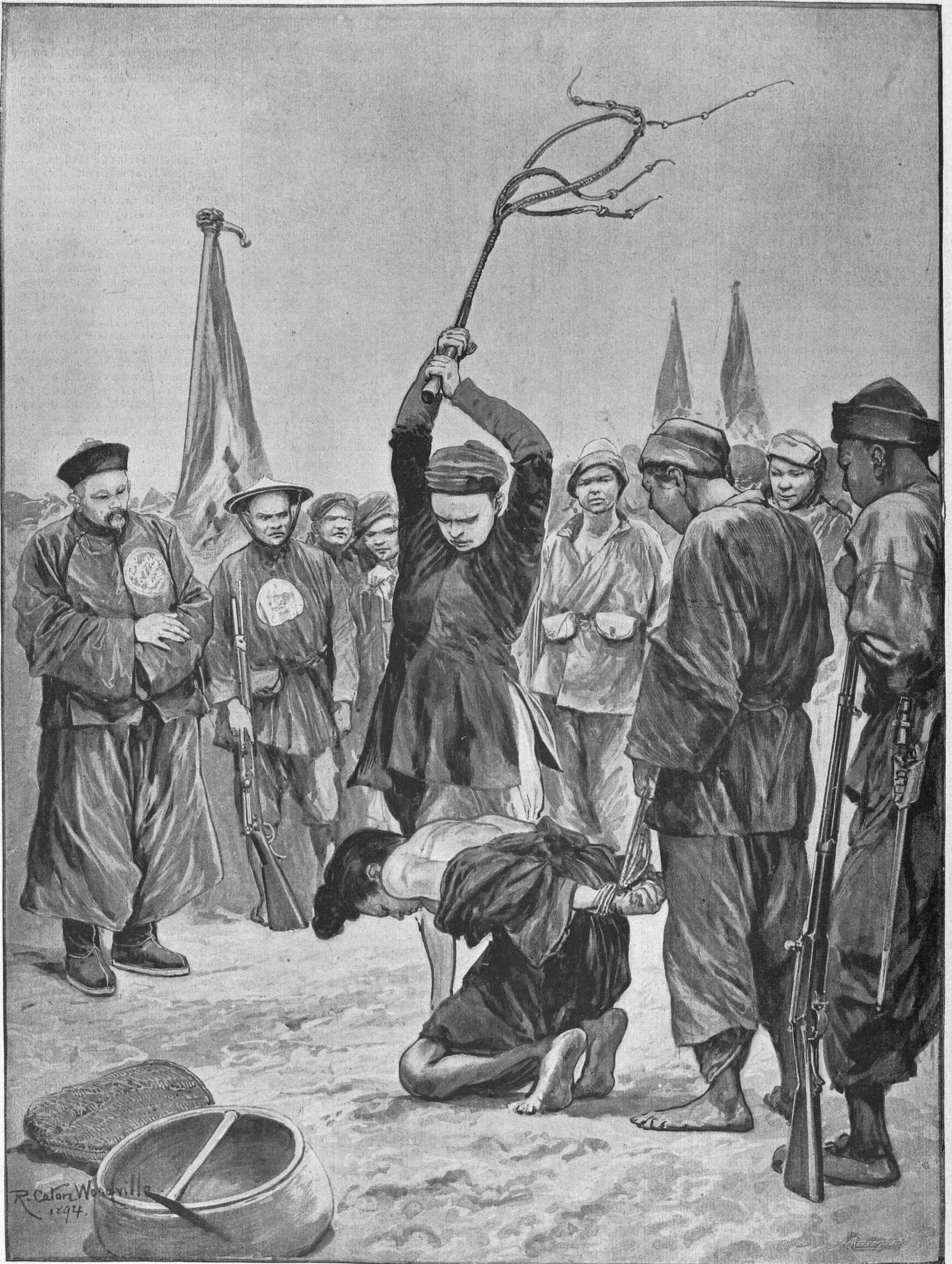
Estatua ecuestre de Ramón Berenguer III, obra de José Llimona (de fotografía de los Sres. Pauli y Bartrina)

NUESTROS GRABADOS

El escultor Kissling modelando la estatua de Guillermo Tell. - En el número 560 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reproducimos el monumento de que ha de formar parte el magnífico grupo que hoy publicamos y dimos acerca de él extensa noticia. Hoy completaremos los datos que entonces cosignamos diciendo que están ya terminadas las hermosas figuras modeladas por Kissling; que el grupo, cuya altura junto con la roca es de cuatro metros, se fundirá en París; que los cuatro relieves del zócalo representarán la escena de la



La feria de Santo Tomás en Palma de Mallorca, cuadro de Lorenzo Cerdá y Bisbal



EL EJÉRCITO CHINO: castigos durante la marcha, dibujo de R. Catón Woodville



EL EJÉRCITO CHINO: soldados vivaqueando, dibujo de R. Catón Woodville



La reina RANAVALO MANJAKA III de Madagascar y su esposo y primer ministro RAINILAIARIVONI
(de fotografía)

manzana, el momento en que Guillermo salta de la barca en que le conducían los soldados de Gessler, la muerte de éste y la de Tell, y que el coste del monumento, que asciende á 150.000 francos, ha sido reunido por suscripción entre los gobiernos federal y de los cantones y el pueblo.

Regreso á la aldea, acuarela de José Echéna.— Cuando el movimiento artístico español adquiere notable desenvolvimiento y nuestros artistas logran por medio de sus obras reivindicar el buen concepto y el recuerdo de nuestras gloriosas tradiciones, digno de aplauso es quien toma parte activa en este movimiento, y alentado por noble entusiasmo dedica á la patria, desde extranjero suelo, las producciones de su ingenio. Tal acontece con José Echéna, que en Roma, su actual residencia, ha sabido crear una reputación envidiable, contribuyendo en unión de sus compañeros españoles á enaltecer el arte español.

La bonita acuarela que reproducimos, recuerdo de una de sus excursiones artísticas al país vasco, es una bella muestra de las aptitudes artísticas de este distinguido español, quien ha logrado trasladar al papel, con el vigor que caracteriza la pintura al óleo, una escena campestre ó rural de la región vascongada.

La jota, cuadro de Baltasar González y Fernández.— Después de haber estudiado con aprovechamiento en la escuela de Bellas Artes de Zaragoza y en la de San Fer-



EL CONDE DE YAMAGATA, general en jefe del ejército japonés
(dibujo de una fotografía)

nando, de la coronada villa, halla medio Baltasar González, en su obligado aislamiento, para no malograr sus aptitudes, ni ahogar su entusiasmo. Falto del vasto escenario que sólo pueden ofrecer las grandes capitales, limitase á observar y estudiar cuanto le rodea. De ahí sus bellos cuadros de costumbres, de escenas rurales ó populares, que tanto interesan por la fidelísima representación en los tipos, por el sello de localidad que tan bien logra imprimir, cual acontece en *La jota*, cuadro animado y movido, de carácter genuinamente aragonés, en el que vese, desde luego, que los *baturreos* no son de guardarropía y que hasta las más sencillas actitudes han sido observadas del natural é interpretadas con singular acierto.

Prosiga en Borja el Sr. González, si su residencia en aquella localidad puede servirle de medio para representar escenas y costumbres de la tierra aragonesa con igual discreción que el cuadro que figura reproducido en estas páginas.

La guerra chino-japonesa. Preparativos militares en el Japón.— Repetidas veces hemos dicho, y no es cosa de que en ello insistamos, que el ejército japonés está á la altura de los mejores europeos, así en punto á uniformación y armamento, como por su disciplina y organización. El Celeste Imperio, descendiendo de las ideales alturas desde donde miraba con desprecio cuanto á civilización y progreso oía, habrá comprendido ya, con merecido escarmiento, que los pueblos no pueden en estos tiempos vivir de necias ilusiones y han de amoldarse á la prosa de la realidad, y que con todo y ser hijo del cielo bastan unas cuantas baterías ó algunos acorazados para acabar con el emperador, ante cuyo poder, en la creencia de sus súbditos, se inclina el mundo entero. Gracias á estas ilusiones, los chinos se han encontrado completamente desprevenidos para la lucha que amenaza acabar con el vasto imperio, mientras los japoneses aceptaban todos los adelantos que en el arte de la guerra se han introducido, y antes de entrar en campaña practicaron grandes maniobras, terminadas las cuales el Mikado trasladóse á Tokio y revistó y despidió á las fuerzas expedicionarias á medida que se embarcaban, departiendo con los jefes y oficiales y estrechando á todos la mano. Los grabados que publicamos en la página 661 reproducen una de estas revistas y tipos y episodios del ejército japonés durante las maniobras.

Estatua ecuestre de Ramón Berenguer III, obra de José Llimona (de fotografía de los Sres. Pauli y Bartrina).— José Llimona es uno de los jóvenes escultores que forma parte de la brillante pléyade que asume la representación del arte moderno de esta región. Su nombre constituye una personalidad, y todas sus obras, ya se inspiren en los cuadros de la vida real ó en ideales más elevados, revelan ingenio, sentimiento y hábil ejecución.

La estatua ecuestre del conde-soberano de Barcelona, del legendario Ramón Berenguer III, del que en Ripoll, en su interesante monasterio de Santa María, trató de sintetizar los ideales y aspiraciones de una época y de un pueblo grande, es obra de muchos alientos, resultado de un pensionado que disfrutó el artista, y que á falta de otros méritos, bastaría por sí sola para justificar el beneficio de que gozara y demostrar sus indiscutibles cualidades.

La obra á que nos referimos existe convenientemente instalada en el Palacio de Bellas Artes de esta ciudad.

La feria de Santo Tomás en Palma de Mallorca, cuadro de Lorenzo Cerdá y Bisbal.— Recomendable bajo todos conceptos es el cuadro del pintor palmesano Lorenzo Cerdá, reproducción de una escena ó costumbre popular, cual es la ya legendaria feria de Santo Tomás, destinada, cual acontece en todas las demás poblaciones españolas, á la venta de aves que han de ser sacrificadas en las inmediatas fiestas de Navidad. Al examinar el lienzo nótese desde luego que no es obra de artista novel, pues la agrupación y disposición de las figuras, la confusa amalgama de vendedores y compradores y los más nimios pormenores están estudiados y resueltos con segura y hábil mano.

El Sr. Cerdá, aparte de las pensiones que alcanzó, al comienzo de su carrera artística, en Madrid y Roma, ha logrado señalados triunfos, cual el obtenido en la Exposición Universal de Barcelona de 1888 por su notable lienzo *Honderos baleares*, y que mereció asimismo en la de Bellas Artes de 1891.

El ejército chino. Castigos durante la marcha. Soldados vivaqueando, dibujos de R. Catón Woodville.— Basta ver estas dos escenas de la vida militar china y compararlas con los grabados que en este mismo número publicamos del ejército japonés para comprender la verdad de lo que al describir estos últimos afirmamos acerca de la inmensa superioridad militar del Japón sobre la China. El episodio del castigo durante la marcha, que con tanta frecuencia ha tenido

que repetirse para mantener la disciplina, sin que los más duros ejemplos y terribles penas hayan podido contener las insurrecciones y aun las fugas á la desbandada, y la misma escena del vivac, en que se advierte lo incómodo del equipo y uniforme y el aspecto poco marcial y menos noble de las tropas chinas, son datos que, aunque insignificantes á primera vista, tienen en el fondo verdadera importancia. El eminente dibujante inglés Catón Woodville, cuyo especial talento para los asuntos orientales y sobre todo militares han podido apreciar tantas veces nuestros lectores, ha trazado, con los dibujos que reproducimos, dos hermosas páginas más en su obra que le ha merecido fama universal.

El conde de Yamagata, general en jefe del ejército japonés.— La personalidad más saliente en el Japón, después de la del Mikado, es la del conde Arimo Yamagata, generalísimo del ejército japonés. Nació en 1840 de familia descendiente de antiguos soberanos, y desde joven abrazó la causa de la revolución que sustituyó la autocracia teocrática de los Taicunes por el actual régimen. Alistado en el cuerpo de cadetes de Kihu-Tei, distinguióse de tal manera que al terminar la guerra en 1868 fué nombrado subsecretario del ministerio de la Guerra. Dotado de una actividad prodigiosa y á despecho del clamoreo de los interesados en que la tradición se mantuviera, reformó radicalmente el ejército, dotóle de armamento y equipo modernos y dióle una organización calcada en la de los ejércitos europeos. Gracias á él, el Mikado creó en Tokio una escuela militar superior y llamó al Japón á una misión francesa, de la que formaban parte, entre otros, los generales Munié y Jamais: Yamagata, comprendiendo que era incompleta su instrucción militar, dió ejemplo de aplicación asistiendo frecuentemente á las clases. Fué enviado por el emperador á Europa para estudiar *de visu* la organización militar y política de Francia y Rusia, y regresó al Japón en 1871, después de haber asistido á la guerra franco-alemana. En seguida fué nombrado viceministro y á poco ministro titular de la Guerra; fué general en jefe del ejército que en 1872 dominó la insurrección de la provincia de Hi-Seu, preparó la expedición á Formosa (1875) y reprimió victoriosamente la revolución de Saigo, ganando entonces la condecoración del Mei-Ji y el título de comandante en jefe de la guardia imperial que el Mikado creó especialmente en su favor. Más tarde fué ministro del Interior y luego primer ministro, cargo que desempeñó tres años, transcurridos los cuales entró en la presidencia del Consejo privado, puesto en el que se encontraba al estallar la actual guerra y que ha abandonado provisionalmente para ponerse al frente del ejército.

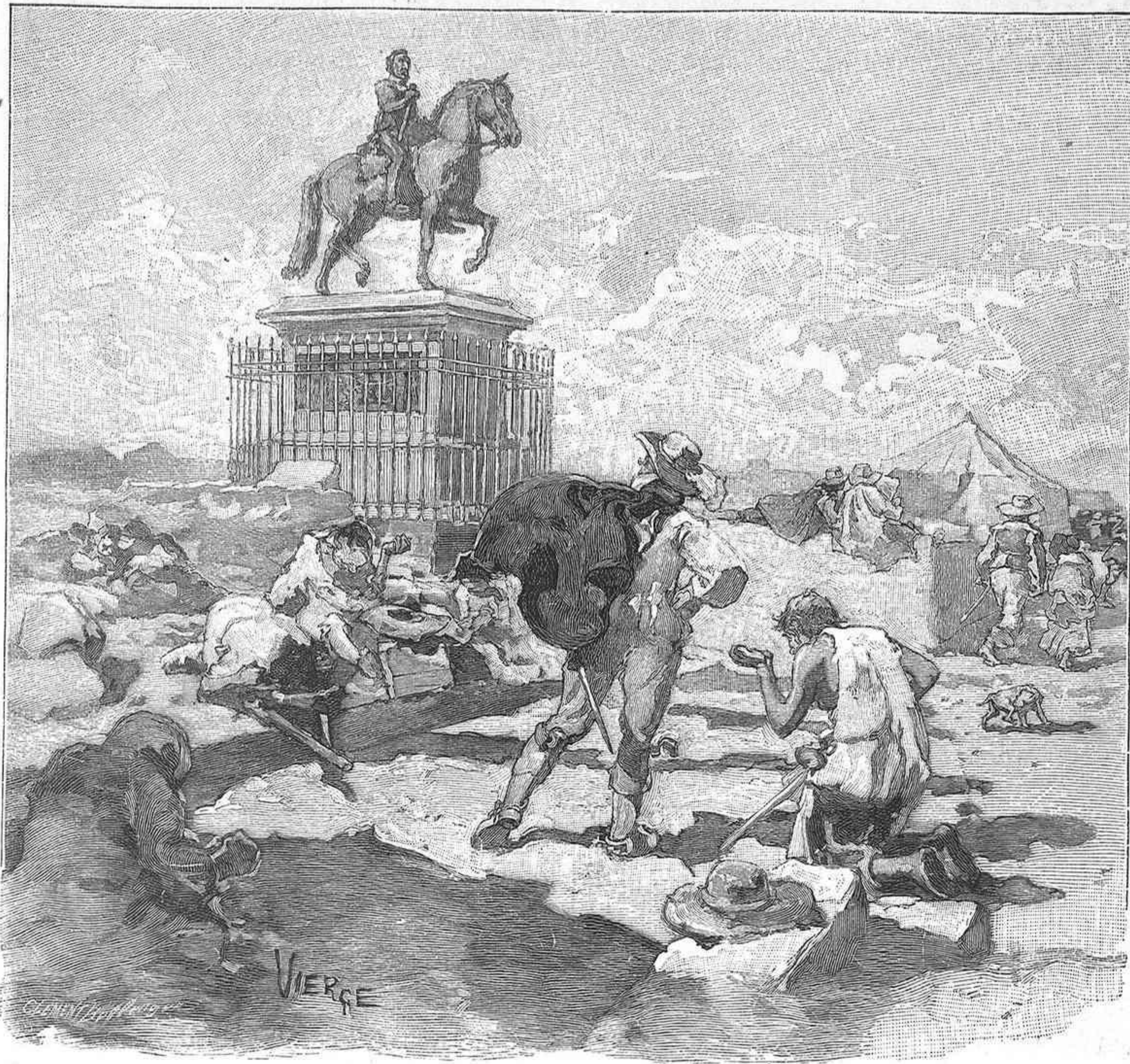
Monumento erigido al general Santander en Cúcuta (Colombia).— Cúcuta, la histórica ciudad en donde en 1821 se reunió el congreso que confirmó la unión de Nueva Granada y Venezuela, decretada dos años antes por el de Angostura, ha querido rendir homenaje de gratitud al general



Monumento erigido en Cúcuta (Colombia)
al general Santander

D. Francisco de P. Santander, que tanto contribuyó con su pericia militar á la independencia de aquellos territorios y con su talento político á la organización de los nuevos Estados que se separaron de la dominación española. A este efecto ha erigido á su memoria el monumento que reproducimos, y en el que sobre sencillo pedestal álzase la estatua del ilustre caudillo á quien tanto debe la que hoy se denomina república de Colombia.

Nueva casa de correos en Liverpool.— Este edificio, cuya primera piedra colocó el duque de York en 10 de Septiembre último, ha sido proyectado por Mr. Enrique Tanner, arquitecto de los edificios de S. M. la reina de Inglaterra. Se levantará en el centro de la ciudad de Liverpool, formando una construcción cuadrada con fachadas en cuatro calles: la fachada principal tendrá 280 pies de longitud y 100 las laterales. El edificio será de estilo renacimiento francés y contendrá todos los departamentos necesarios para que en él puedan estar instalados con la comodidad y amplitud convenientes todos los servicios de correos y telégrafos. Calculase que el coste del edificio será de 250.000 libras esterlinas (6.250.000 pesetas).



El duque de Maufert estaba tan impaciente que no eran aún las seis de la tarde cuando acudió á situarse en el Puente Nuevo

LA TABERNA DE LAS TRES VIRTUDES

NOVELA ORIGINAL DE SAINT-JUIRS. — ILUSTRACIONES DE DANIEL URRABIETA VIERGE

(CONTINUACIÓN)

V

LA CITA

El día fijado por la dama, el duque de Maufert estaba tan impaciente y ansioso de verla, que no eran aún las seis de la tarde cuando acudió á situarse en el Puente Nuevo.

Si malo es para un enamorado llegar tarde á una cita, es muy doloroso también anticiparse á ella, como experimentó Enrique muy pronto. Durante el primer cuarto de hora se distrajo como pudo, mirando correr el agua ó contemplando el siempre bullicioso espectáculo del puente, con su concurrencia de farsantes, músicos y mirones. Pero estos entretenimientos no eran los más propios para ocupar largo rato su imaginación, ni bastantes á divertirle de su preocupación absorbente y fija; por lo cual no tardó en hacersele el tiempo muy pesado.

Cuando un hombre se encuentra en aquel estado de ánimo, es difícil que la fantasía no haga de las suyas.

La de Maufert era de las más vagabundas y no paró hasta extraviarse en un dédalo de temerosas cavilaciones. «¿Qué hacía Lorenza? ¿Por qué no había llegado aún? ¿Poca diligencia mostraba en acudir! Tal vez un obstáculo imprevisto se lo impedía... Pero, entonces, ¿qué obstáculo? ¿Su marido, quizás? ¿Su marido, el ser detestado y detestable!»

Y con sólo la evocación de aquel recuerdo, Maufert crispaba la mano sobre el puño de la espada.

«Pero, no. El obstáculo sería otro sin duda. La promesa de la dama ¿había sido sincera? ¿Fué, por el contrario, un ardid de mujer coqueta, para libertarse de un importuno?»

Maufert no podía pretender, por cierto, que Lorenza estuviese ya enamorada de él.

Repasando los incidentes de la víspera, le era forzoso reconocer que su

intrusión en los tenebrosos manejos de la italiana no era la más propia para adquirirle su benevolencia.

Pero, por otra parte, ella se había mostrado risueña y condescendiente; dióle á besar la mano, y le autorizó para verla de nuevo.

¿Qué había de creer?

Parecíale, con esto, al duque — ¡tan vasto era el ciclo recorrido en alas de su pensamiento! — que llevaba en aquel sitio una eternidad, cuando el reloj de la Samaritana tocó las seis y media.

¡Sólo las seis y media! Nada se había perdido. Vendría.

¿Cuándo? ¡Tal vez á las siete... ó á las ocho, ó más tarde! Pero seguro que vendría.

A Enrique se le ocurrieron mil razones para convencerse de que Lorenza no faltaría á su palabra; pero luego — el pensamiento de los enamorados tiene su constante flujo y reflujo, — luego halló otras dos mil para persuadirse de que era una pérfida que se había mofado buenamente de él.

Así estuvo flotando entre la duda y la esperanza hasta el momento en que Lorenza y su dueña parecieron finalmente.

— ¡Ya veis que he sido fiel á mi promesa!

— ¡Sois la más adorable mujer del mundo!

— ¿Ya empezáis á echarme requiebros? ¡Mucho cuidado, que acabaré por sentir el haber venido!

— ¿Y cómo queréis que imponga silencio á mi corazón? ¿De qué puedo hablaros, por ventura? Lo único que yo sé es que os amo.

¡Ah, cuán breves las horas del amor! Cuando Lorenza se despidió de Maufert para regresar á su palacio, parecióle á éste que había pasado por su vista como un relámpago. Apenas tuvo tiempo de decirle que era suyo, exclusivamente suyo por toda la eternidad, cuando ya la adorada mujer había desaparecido; pero el duque le había besado la mano otra vez y obtenido la promesa de que volvería.

Una cita en los comienzos de una aventura es á un tiempo terrible y divina.

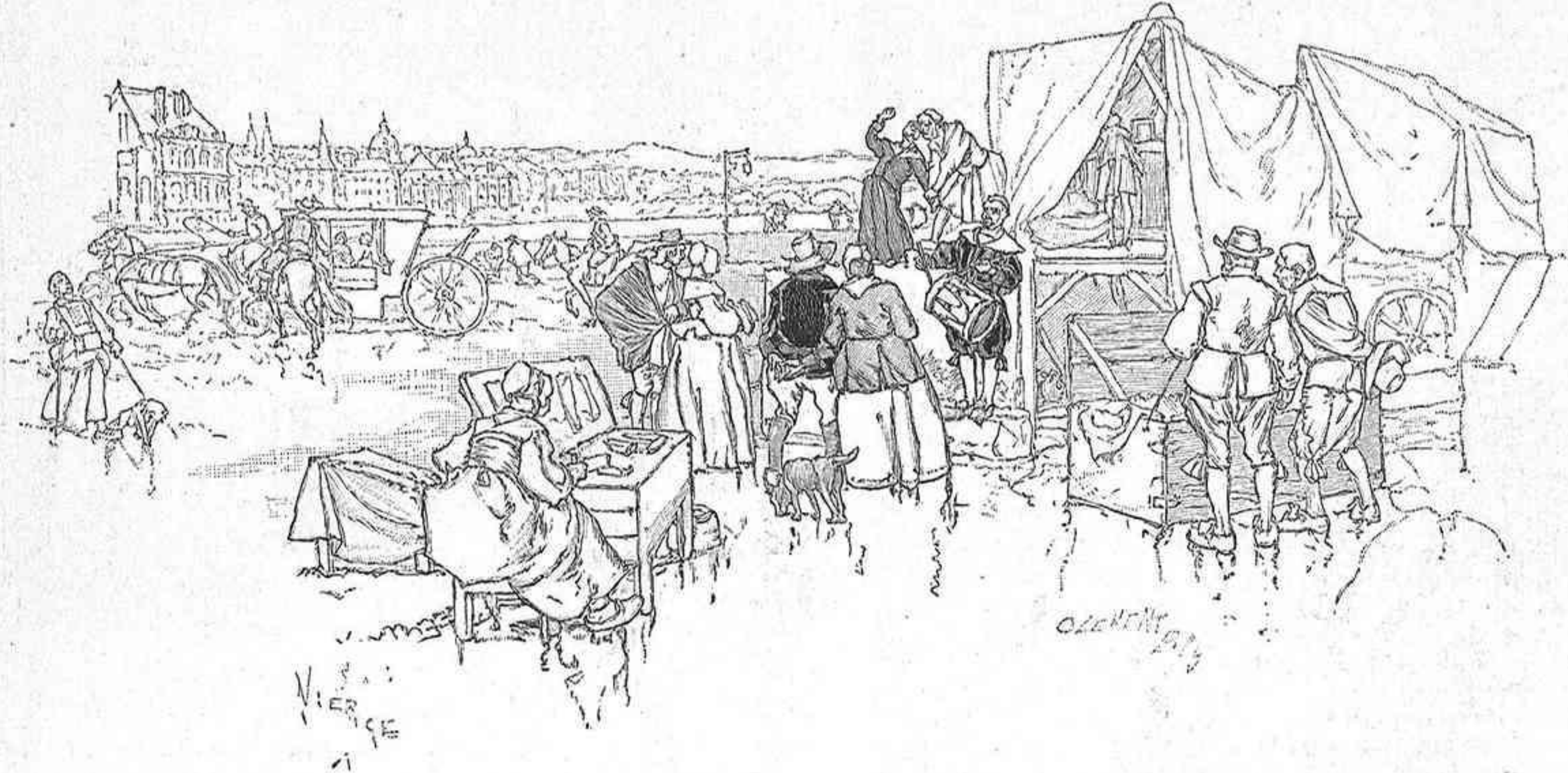
Al suplicio de aguardar sucede la dicha de ver, pero ésta pasa bien pronto con la dolorosa é inmediata despedida.

Estos placeres y estas angustias los probó Maufert con Lorenza. Regularmente la italiana llegaba á la hora prometida, y se despedía en el instante prefijado.

Estáble prohibido al joven seguirla lo más mínimo, bajo pena de perderla

El conde había sido educado en tales principios, y Brillac pintó de un trazo su carácter y su aspecto cuando le llamó «el jabalí.» Tenía del tal la rudeza, la fealdad y la brutalidad.

Su áspero y erizado cabello, la cicatriz en el rostro, la reputación de hombre feroz adquirida en la guerra, su indomable voluntad, todo contribuía á hacer de él el noble menos amable y seductor de Francia.



El Puente Nuevo con su concurrencia de farsantes, músicos y mirones

para siempre. No había llegado la hora — decía Lorenza — de que conociera su nombre.

Por otra parte, durante los cortos momentos que le otorgaba, ya en el Puente Nuevo, ya en la Cour-la-Reine, Lorenza se mostraba muy amable, á condición de que Maufert guardase estrictamente las leyes del más exquisito decoro.

El duque, dominado por aquella mujer, soportaba impaciente semejante yugo.

Lejos de ella, se rebelaba contra la frialdad de Lorenza, y prometíase acabar con tal altivez y ser á su vez quien la dominara.

Dueño de un palacete deshabitado y coquetón, á orillas del Sena hacia el Pré-aux-Clercs, se proponía atraer allí á la dama, de grado ó por fuerza. Pero tan violentas resoluciones se desvanecían al día siguiente con sólo una mirada de enojo de su ídolo, y sólo con mucha timidez, después de haberle hablado del nido de sus amores, osaba preguntarle al despedirse si podía esperar que algún día acudiese á la cita.

Lorenza no contestaba jamás á esta pregunta.

Dos meses pasaron así, sin que Maufert pudiese alabarse de haber adelantado un paso.

Llegó á parecerle, por el contrario, que Lorenza estaba más reservada y glacial que en los primeros días de sus relaciones.

Y Enrique se dolía de ello.

Mal hacía por cierto, y mal conocía el corazón de la mujer.

En realidad, al contacto de aquel amor ardiente y juvenil, Lorenza sentía enardecerse lentamente su corazón.

Suave fulgor de próxima ventura empezaba á lucir en las tinieblas de su alma, que sumida en el odio hasta entonces, veía abrirse ante ella el horizonte de la felicidad.

En vez de soñar constantemente en su venganza, sorprendíase á sí misma pensando en la dicha de amar, hasta en presencia de sus queridos mártires y al pie del Cristo ensangrentado.

Se irritaba contra su propio corazón, como si cometiera una perfidia y una cobardía.

— Yo no tengo derecho á amar; antes he de ejecutar la tarea que me impuse en la tierra.

Mucho camino llevaba andado no obstante, porque ya se prometía entregarse á su amor, una vez cumplida su venganza.

— Pero no antes.

Cuanto más enamorada se sentía, más trataba de engañar á Enrique y á sí misma sobre el estado de su corazón. No tardó en ocurrir un incidente que le reveló toda su flaqueza.

Lo provocó el mismo marido, el Sr. de Roquesante.

Era éste un hombre terrible, y por sus costumbres y pasiones bien podía decirse que pertenecía á otra edad. Su raza, batalladora y cruel, seguía siendo feudal, rezagada en aquella transformación delicada y galante que Francisco I inauguró en Francia.

Para los Roquesante el Renacimiento sólo había sido una decadencia del poder real, y mientras el amante de Diana derribaba las trece torres de la Lupara y construía la elegante fachada del Louvre, ellos reparaban sus almenas y reforzaban sus castillos.

Hasta que se casó, Roquesante había roto y aniquilado cuantos obstáculos se oponían á su voluntad; pero el amor, apoderándose de aquella fiera, la entregó encadenada y palpitante á los pies de Lorenza para martirio de entrambos. La italiana intentó al principio domar y educar al oso, y entrar con su marido en la vida del gran mundo, frecuentar con él la corte y empezar allí la guerra á los Vallombreuse, en su propio terreno: combate refinado, felino y mortal, á que le predisponía, más que á ninguna otra mujer, su exquisito y sutil ingenio. Frustrada su esperanza, se vengó desesperando á su vez al tirano. Todo su júbilo consistía en verle loco de amor, frenético de deseos, implorando sus favores, para negárselos tenazmente.

Con verdadero maquiavelismo y por medio de hábiles coqueterías atizaba en el corazón del conde el fuego que le devoraba, oponiendo luego á sus importunidades una glacial negativa.

Para rechazarle, solía hallar frases que restallaban como latigazos. Revolvíase



Maufert crispaba la mano sobre el puño de la espada

él como toro acosado, y muchas veces estuvo á punto de aplastar con su formidable mano á la que de tal modo le burlaba; pero en esta lucha entre la materia y el espíritu, el espíritu había triunfado hasta entonces.

Una tarde, de vuelta de una entrevista en que Maufert se había mostrado



Del primer golpe con el hombro derribó una de las hojas de la puerta

apasionadamente tierno, Lorenza se retiró, como tenía por costumbre, en la sala de los retratos de los bienhechores de su familia.

Marido y mujer habían convenido en que Roquesante no intentaría nunca llegar hasta aquel retiro: promesa arrancada al conde, bajo su palabra de honor, en un momento de ternura.

Pero aquella tarde, más atormentado que nunca por su pasión, con la imaginación exaltada y abrasado de amor el pecho, el marido llamó á la puerta prohibida.

— ¡Abrid, señora, os lo suplico!

Lorenza se levantó al oír aquella voz breve, brusca, alterada, que presagiaba una nueva tempestad doméstica, pero no se creyó en el caso de acceder á la demanda.

— ¡Señora, os suplico por segunda vez que abráis!

Lorenza permaneció muda.

— ¡Por tercera vez!, gritó el conde enfurecido.

¡El mismo silencio!

En el colmo de la desesperación, Roquesante se precipitó como un loco furioso contra la puerta... Del primer golpe con el hombro derribó una de las hojas.

Con el rostro congestionado por aquel supremo esfuerzo y los ojos llameantes, hallóse de repente en presencia de Lorenza.

Esta, en actitud tranquila y orgullosa, contempló con soberana compasión al desdichado loco de rabia.

— ¡Nueva y brillante proeza que añadir á cuantas os tienen tan orgulloso! ¡Bien veo que atropelláis vuestro honor de hidalgo, ya que la hoja de una puerta es para vos tan débil antemural como la palabra empeñada.

El conde la interrumpió:

— Estoy decidido á no escucharos más. Poseéis el arte de presentar las cosas de tal manera que desnaturaliza mis derechos y mis deberes. A la postre, me he cansado de tales ardidés, y quiero acabar con ellos. Sois mi mujer... y os amo.

— ¡Ah!, dijo ella con indiferencia.

— He sido demasiado bueno hasta aquí. Ahora ya no suplico, sino que exijo.

— ¡Ah, qué groseros modales! ¿No habéis tratado más que cocineras por ventura?

Roquesante palideció y vaciló un momento entre el amor y la cólera, pero luego abrazó y besó á Lorenza febrilmente.

Ella no intentó oponer ninguna resistencia, ya que hubiera sido inútil, pero continuó absolutamente insensible ante la ardiente prueba de exasperado amor. No era una mujer, era una estatua. Al conde le pareció bien pronto que abrazaba un cadáver.

— ¡Lorenza!.. ¿Nunca, nunca has de amarme?, murmuró.

Ella no contestó una palabra.

— ¡Lorenza!.. ¡Lorenza!, repetía el conde con voz que se esforzaba en ser cariñosa...

Pero como ella no contestase tampoco, el conde la soltó súbitamente, con la misma violencia con que la abrazara, y ebrio de cólera, golpeó el suelo con el pie.

— Así os prefiero, así, le dijo ella. Volvéis á ser quien naturalmente sois. Creedme: continuad mostrándoos violento, porque la galantería no os sienta muy bien. Un hombre como vos, nació para forzar castillos, no para derribar puertas de habitaciones.

El conde la contemplaba.

Parecíale más hermosa todavía con aquella dignidad de reina, el cuerpo escultural y obstinada en su altivez.

Sentíase dispuesto á todo para poseerla.

Momentos antes pensaba en el crimen; ahora, se decía que pagaría su amor aun al precio de una bajeza, y súbitamente, como ocurre después de tan violenta tensión del cerebro, se humilló.

— Perdóname, le dijo.

— ¿Perdonaros?.. ¿Qué? ¿Vuestros ultrajes anteriores ó el de hoy?

Entonces se arrojó á sus plantas, y aquel hombre de hierro lloró como un niño.

La italiana dejó que llorase: el espectáculo de tal bajeza no era, por cierto, de los que le desagradaban. Cuando tuvo bastante de su cruel pasatiempo, le despidió.

— ¡Dejadme!.. ¡Me habéis trastornado! Estas emociones me matan.

— ¡Dime que algún día me amarás!, le suplicaba despidiéndose.

— Sí; cuando os habré castigado, respondió ella.

Una vez hubo salido el conde, Lorenza no pudo menos de comparar el amor de su marido con el del duque, y esta comparación resultaba en extremo favorable para el último. Mientras el conde asaltaba el cuarto de su mujer, amenazador y brutal, ¡con qué ternura y suavidad imploraba Maufert una entrevista!



Aquel hombre de hierro lloró como un niño

Aquella misma tarde, Enrique, aludiendo á su casita del Pré-aux-Clercs, no lejos del cuartel de los mosqueteros grises, le había dicho con tierno y amoroso acento:

— ¡Si queréis colmarme de ventura, id!

Lorenza era impetuosa en sus resoluciones. Tomó una hoja de papel, y escribió esta sola palabra: «Iré.»

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS GRANDES ESTACIONES DE FERROCARRILES DE ALEMANIA

Desde que el gobierno alemán se hizo dueño de casi todas las vías férreas de su país, ha preocupado constantemente el cambio de lugar de las estaciones más importantes, á fin de suprimir las dificultades de instalación que presentaban desde el punto de vista de su situación, de su pequeñez, de los pasos á nivel, etc. Los trabajos á este efecto realizados en casi todas las grandes estaciones han modificado por completo la distribución y el aspecto de las mismas, y por esto creemos interesante ocuparnos de ellos por razón de las muchas mejoras que han permitido introducir en el servicio, y reproducir las fachadas de algunas de ellas para que puedan apreciarse las disposiciones arquitectónicas actualmente adoptadas en Alemania.

La arquitectura, como se ha observado desde hace mucho tiempo, es el arte que mejor traduce el pensamiento dominante en la época que la ha concebido, y por lo que toca á nuestros tiempos, en las estaciones ferroviarias es en donde debería encontrar hoy aquella su característica, ya que se trata de monumentos que nuestros abuelos no han conocido y que han de responder á necesidades nuevas y en condiciones nuevas también.

Es sensible que la mayor parte de las fachadas de las grandes estaciones no hayan encontrado todavía un estilo apropiado á su destino, y de aquí el interés que ofrece examinar lo que desde este punto de vista se ha hecho en algunas naciones. A este efecto hemos resumido los datos recogidos en una interesante noticia comunicada á la *Sociedad de ingenieros civiles* de París por el eminente ingeniero M. Haag, autor del notable proyecto de ferrocarril metropolitano aéreo de la capital francesa.

Las transformaciones efectuadas en las estaciones alemanas han motivado en la mayoría de los casos la creación de una estación central única, destinada á concentrar todos los servicios antes diseminados en varias estaciones distintas. Esta solución tenía la ventaja de simplificar esos servicios y ofrecer además al público comodidades indiscutibles.

Las estaciones centrales de nueva creación han sido levantadas lo más cerca posible del centro de la ciudad, evitando, sin embargo, los peligrosos pasos á nivel, á cual efecto las vías en la proximidad de las estaciones y los andenes han sido elevados á cuatro ó cinco metros de altura sobre el nivel de las calles inmediatas.

En la mayor parte de los casos dichas estaciones han sido construídas como estaciones de paso: sólo se ha admitido la estación cabeza de línea con retroceso obligado en todas direcciones en algunas estaciones de Berlín y en algunos puntos de importancia, como Francfort, en donde la multiplicidad de direcciones hacía poco menos que indispensables los cambios.

Las antiguas estaciones han sido demolidas ó transformadas en estaciones de mercancías, y algunas, las que estaban demasiado apartadas de la estación central, han sido conservadas como estaciones secundarias.

En las nuevas instalaciones se ha cuidado de llevar

á cierta distancia los servicios secundarios aislándolos por completo del de viajeros, y en cuanto á éste, que es el que especialmente nos ocupa, al construir el plano general de la estación central se ha atendido á la observación de los siguientes principios esenciales: excluir todo paso de vías á nivel, reducir al mínimo los trayectos que han de recorrer los viajeros que cambian de dirección y construir andenes especiales para el servicio de equipajes de modo que queden libres los de viajeros.

Los tipos adoptados en la construcción de estaciones de paso pueden reducirse á tres, que están

estación constituye una especie de islote aislado en medio de las vías y á ella se llega por medio de un bulevard que pasa por debajo de un doble puente en donde están las vías. Las salas de espera y los diversos servicios están en la planta baja, desde la cual se llega á los andenes por medio de escaleras transversales. Esta disposición tiene la ventaja de concentrar mejor los diversos servicios con relación á las vías.

Después de las estaciones de paso cita M. Haag varios tipos de estaciones terminus, como la de Francfort, cuya disposición interior es muy notable.

Desde el punto de vista arquitectónico reproducimos algunas fachadas características. El número 2 de nuestro grabado representa la estación de Hildesheim y el número 7 la de Cassel, imitaciones ambas de la de Viena. Desde luego se ve que estos dos edificios son plagios de construcciones antiguas y no tienen nada que recuerde el objeto á que están destinados. Otros parecen verdaderos cuarteles, como la estación de Magdeburgo (núm. 1).

Las fachadas de las estaciones de Francfort y de Anhalt, en Berlín, y la de Dresde (núms. 3, 4, 5 y 6), actualmente en construcción, son mucho más propias para su destino, pudiendo ser citadas entre las mejores de Alemania.

Las bóvedas de estas nuevas estaciones son, por otra parte, notables por su gran esbeltez: en ellas se encuentran con frecuencia anchuras superiores á 50 metros: la nave central de la de Colonia alcanza una altura de 24 metros con una anchura de 63'90 y una longitud de 255. Estas naves de gran anchura tienen la ventaja de dejar libre el espacio disminuyendo el número de pilastras y de facilitar al mismo tiempo la ventilación.

Para terminar diremos que en las estaciones ferroviarias alemanas se observa una limpieza meticulosa que sorprende al extranjero: parecen, según expresión de M. Haag, edificios inaugurados el día antes, y se ve en seguida cuán continua ha de ser la vigilancia del personal para conservarlas en aquel estado y

acostumbrar al público á que, á su vez, cuide de no estropear ni manchar nada.

L. B.

* * *

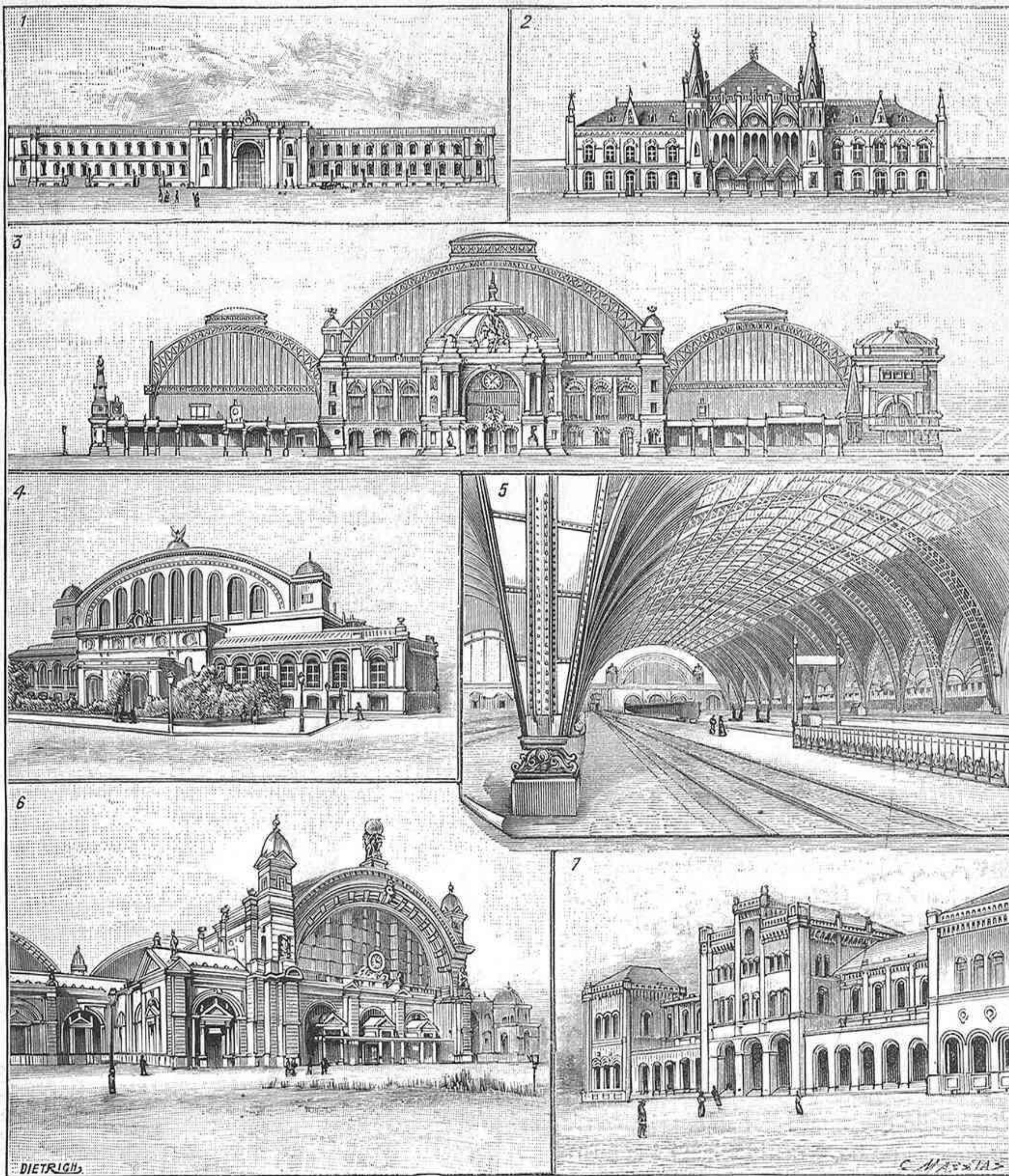
INFLUENCIA DE LA ABUNDANCIA DE LA ALIMENTACIÓN DE LAS PLANTAS EN LA LONGITUD DE SUS RAÍCES.

Sabido es que las plantas dejan transpirar por sus hojas enormes cantidades de agua, hasta el punto de que una hoja tierna de trigo ó de centeno puesta al sol evapora en una hora un peso de agua igual á su propio peso.

La transpiración es tanto más activa cuanto más pobre es la alimentación: M. Hellriegel ha experimentado que una planta de cebada en buena tierra elabora un gramo de materia seca mientras evapora 292 de agua, al paso que en un suelo falto de nitratos evapora 867. Análogas observaciones ha hecho con otras plantas M. Deherain.

¿A qué se debe esta evaporación excesiva de las plantas mal alimentadas? M. Deherain ha demostrado por un gran número de observaciones que hay que atribuirlo al enorme desarrollo de las raíces que se produce cuando la alimentación es insuficiente.

En vista de esto, me he preguntado si esta prolongación de la raíz colocada en un medio pobre de



LAS GRANDES ESTACIONES DE FERROCARRILES DE ALEMANIA. — 1. Estación de Magdeburgo. — 2. Estación de Hildesheim. — 3. Estación de Dresde. — 4. Estación de Anhalt, en Berlín. — 5. Estación de viajeros de Francfort. — 6. Estación de Francfort. — 7. Estación de Cassel.

aplicados en las de Hannover, Dresde y Dusseldorf.

En la primera estación la planta baja está en dirección paralela á la de las vías y en ella hay instalados todos los servicios de viajeros, como despachos de billetes, salas de espera, fonda, etc. Los andenes están situados en el piso superior, y á ellos se llega por algunos túneles transversales de los que arrancan escaleras perpendiculares á la dirección de los mismos y paralelas á la de los andenes. Además se reservan túneles especiales para la salida de los viajeros y para los servicios de equipajes y correos. Esta disposición, que conviene especialmente en los puntos en donde el tránsito supera el servicio local, tiene el inconveniente de separar las salas de espera de los andenes.

El segundo tipo, el de Dusseldorf, remedia este inconveniente: para ello, hay al mismo nivel de las vías y en un andén central un edificio suplementario que contiene los mismos servicios instalados en el piso inferior y que está en comunicación con éste por medio de túneles transversales. Esta disposición, que obliga á dar mayor desarrollo de longitud á los distintos andenes, conviene especialmente á las estaciones que sirven de cabezas de línea á un gran número de ramales secundarios que de esta suerte van á parar al andén central, en donde se concentra todo el movimiento de viajeros.

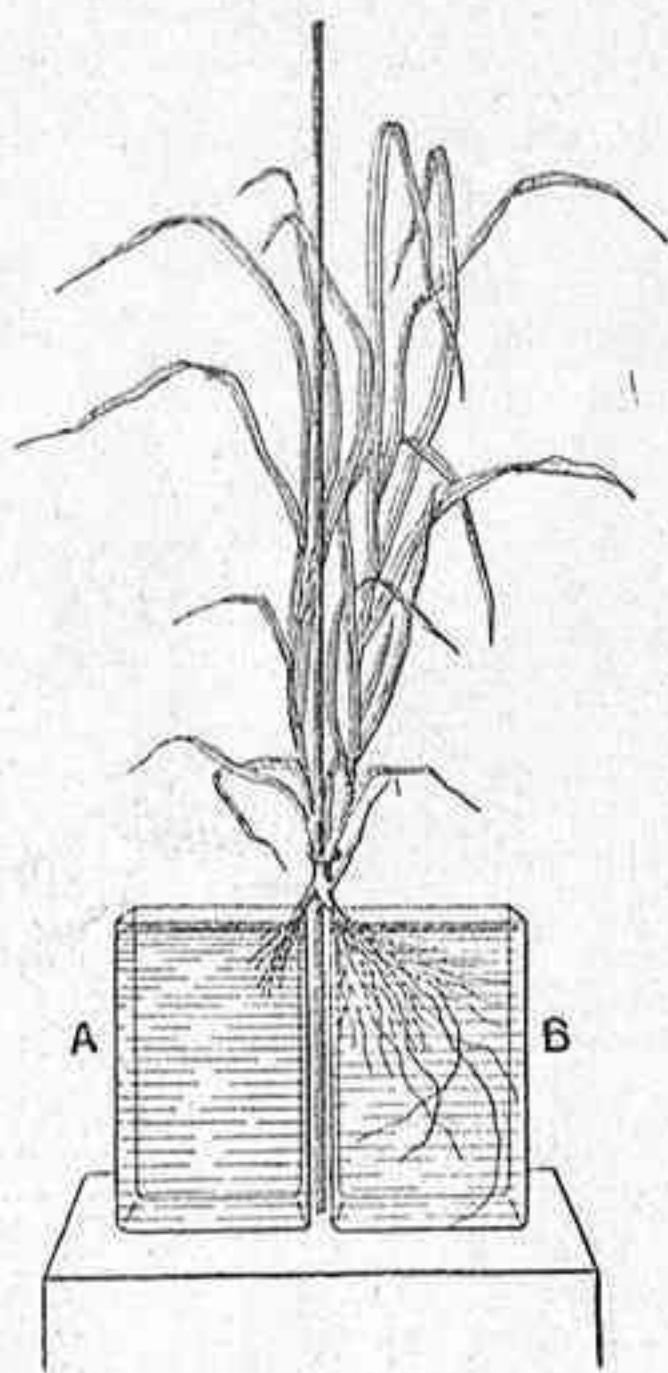
En el tercer tipo, el de la estación de Dresde, la

materias nutritivas se produciría también estando la planta convenientemente alimentada por otra parte de sus raíces introducidas en un medio rico en alimentos. Para averiguarlo hice crecer una planta de trigo sobre dos vasos de cristal que contenían soluciones nutritivas de composiciones diferentes, gracias á lo cual pude comparar entre sí los dos grupos de raíces.

Para realizar este experimento, arranqué á fines de abril último una planta de trigo de unos 20 centímetros de longitud sobre el suelo. Con unas tijeras corté el tallo por el pezón, por el sitio en donde nacen las raíces, y lo coloqué sobre un frasco que contenía una capa de agua de 10 milímetros de altura: envolví el frasco en papel negro para interceptar la luz, pues sabido es que las raíces que vegetan en agua iluminada se cubren de algas verdes que les disputan la nutrición y acaban por matar la planta, y lo coloqué cerca de una ventana de modo que la parte verde de la planta recibiera los rayos del sol durante una parte del día.

El día 10 de mayo habían salido del extremo inferior del tallo un gran número de raíces nuevas, muy blancas, que llenaban el fondo del frasco. Entonces suspendí la planta en una varilla fijada verticalmente en una mesa, colocando á derecha é izquierda de la varilla dos recipientes de cristal planos como los que se usan para la confección de pilas eléctricas (véase el grabado).

Sumergí en los dos vasos las raíces repartiéndolas lo más igualmente posible: llené los vasos de agua de fuente que contenía en disolución las materias minerales que han sido reconocidas por los químicos agrónomos como indispensables para el desarrollo del trigo. La solución contenía por un litro de agua,



Planta de trigo arraigado en dos soluciones nutritivas de composición distinta. - A Solución con nitratos. - B Solución sin nitratos.

un gramo de cloruro potásico, un gramo de fosfato potásico y 10 centigramos de sulfato de magnesia.

El trigo es una de las plantas que han de buscar en la tierra la materia azoada que entra en la constitución de sus tejidos, y por lo mismo era necesario que la hubiera en la solución nutritiva.

Añadí al contenido de uno de los recipientes A nitrato de potasa á razón de un gramo por litro; el

recipiente B contenía la solución nutritiva sin nitrógeno y por consiguiente sin materia azoada.

El experimento estaba dispuesto en un invernáculo no calentado del laboratorio de fisiología vegetal del Museo: los dos recipientes estaban envueltos completamente en papel negro para impedir el paso de la luz, pero á las partes verdes de la planta dábanles el sol durante algunas horas. La planta así criada en agua se desarrolló tan bien como las que se crían en la tierra, y el 1.º de junio hice sacar de ella la fotografía que el grabado reproduce y en la cual se advierte en seguida la desigualdad del desarrollo de las raíces, que es mucho mayor en el vaso en donde faltan los nitratos. En la solución nutritiva completa las raíces se han desarrollado poco, confirmando con este hecho lo que siempre se ha venido observando.

Lo curioso de este experimento es ver que la planta entera, que estaba suficientemente alimentada por una parte de sus raíces, puesto que se desarrolló tan bien como las de tierra y que por consiguiente sólo evaporaba una cantidad moderada de agua, haya dejado adquirir tan gran desarrollo al grupo de sus raíces sumergidas en el agua sin nitrato.

En vista de este experimento creemos poder afirmar que el crecimiento de la raíz está íntimamente ligado con la abundancia de los alimentos en contacto con la misma: una planta bien alimentada cría generalmente pocas raíces; sin embargo, si algunas de estas raíces se encuentran, como sucede en nuestro experimento, en un medio que no las alimente bastante, adquirirán por este solo hecho gran desarrollo.

(De La Nature)

E. BREAL

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL A LOS CIGARROS DE BIJ BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para é mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *Intestinos*. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Succesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

EL APIOL
 DE LOS DOCTORES
JORET Y HOMOLLE
 REGULARIZA LAS EPOCAS.
 IMPIDE LOS DOLORES.
 RETRASOS, SUPRESIONES, &c.
 Dosis: una ó dos capsulas mañana y tarde.
 FRASCO 4/50.-TODAS FARMACIAS.
 PARA EVITAR LA FALTA DE CUIDO, EXIJA EL APIOL DE LOS DOCTORES JORET Y HOMOLLE
 MEDALLA de ORO, Exposición de ANVERS 1894.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos. (Etiqueta adjunta en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs.
 En todas las Farmacias de España.

GRAJEAS DEMAZIÈRE
CÁSCARA SAGRADA IODURO de HIERRO y CÁSCARA
 Dosadas á 0gr. 125 de Polvo. 0gr. 10 de Ioduro, 0gr. 03 de Cáscara.
 Verdadero específico del
ESTREÑIMIENTO El mas ACTIVO de los FERROGINOSOS
 No produce estreñimiento.
 HABITUAL
 PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Aven. de Villiers. -Muestras gratis á los Médicos.
 Depósito en todas las principales Farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D.º CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

MAREO PELAGINA
 RESULTADOS COMPLETOS en el mayor número;
 ALIVIO SEGURO en los otros.
 IMPORTA SABER COMO EMPLAARLO. No Francia, frascos 5, 3 y 1 fr. 50
 E. FOURNIER Farm.º, 114, Rue de Provence, PARIS.
 y en las principales Poblaciones marítimas.
 MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y C.º, Foss. 102, R. Richelieu, Paris.

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA
 preparado con bismuto
 por Ch. Fay, perfumista
 9, Rue de la Paix, PARIS
 El mejor y mas célebre polvo de tocador

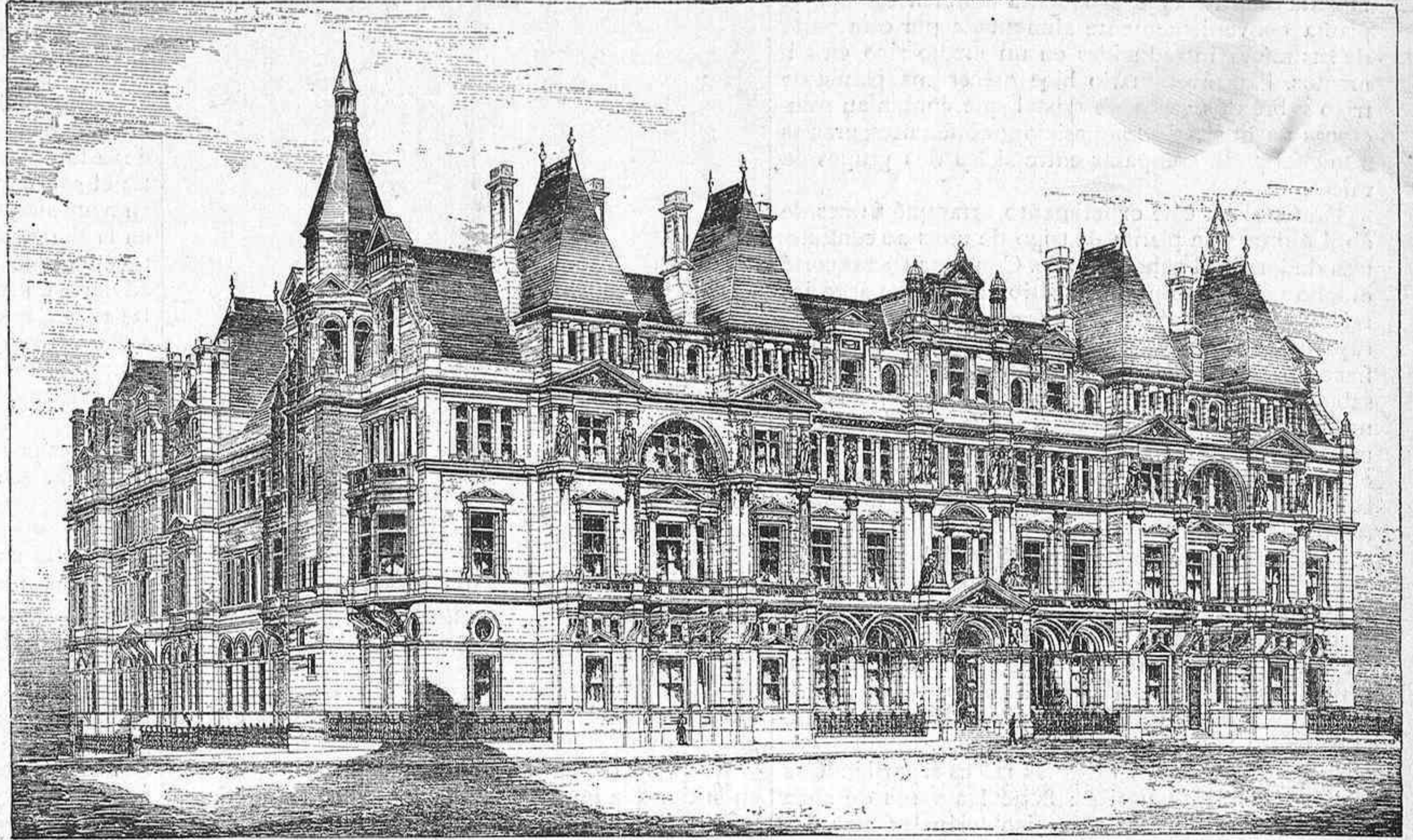
LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

EL LICENCIADO TORRALBA. POESÍAS Y FÁBULAS por Ramón de Campoamor. — La Colección Diamante que con tanto éxito publica el editor de ésta D. Inocente López, ha completado con los tres tomos 10, 11 y 12 las obras del ilustre Campoamor. Lo que éstas valen no hemos de decirlo nosotros, que harto popular es la fama del eminente poeta, y en cuanto á la nueva edición que nos ocupa ya hemos hablado de ella y dedicándole los elogios que se merece. Los tomos se venden en las principales librerías á dos reales uno.

HISTORIA DEL ARTE. PROTOHISTORIA. ARQUITECTURA, por Francisco de P. Valladar. — El inteligente editor de esta ciudad D. Antonio J. Bastinos al emprender la publicación de esta obra satisface una necesidad, cual es la de presentar en forma sintética y con todos los datos conocidos hasta el día la historia de las bellas artes en sus múltiples manifestaciones. La redacción del libro ha sido confiada al Sr. Valladar, miembro correspondiente de las Reales Academias de la Historia, de Bellas Artes y de Buenas Letras de Sevilla, quien ha acreditado en ella sus vastos conocimientos en tan importantes materias. El primer tomo publicado comprende la protohistoria y la arquitectura, está profusamente ilustrado y se vende á 6 pesetas en rústica y á 8 encuadernado en percalina y piel con bajos relieves y planchas en oro y color.

MEMORIA publicada por la Academia Provincial de Bellas Artes de Palma de Mallorca. — Ocupase esta Memoria de las atribuciones y facultades de las Academias Provinciales de Bellas Artes referentes á las censuras y aprobaciones de proyectos, restauraciones, ornato público y demás concerniente al arte de lo bello, dibujo de aplicación y necesarias reformas á su estado y reorganización. Los límites de esta sección nos impiden estudiar cual se merece esta memoria, por lo cual nos concretare-



Nueva Casa de Correos que se edifica en Liverpool y cuya primera piedra puso el duque de York el día 10 de Septiembre último

mos á decir que el trabajo es notabilísimo bajo todos conceptos y que las tendencias que en él se revelan son indudablemente las que más pueden contribuir al fomento y progreso de cuanto con las bellas artes se relaciona.

PRO PATRIA. — El último número de esta importante revista contiene notables é interesantes trabajos de Balaguer, Amador, Fernández Vahamonde, Cazaubon (en francés), Grilo, Sancho y Gil, Palma, García Llansó, Sánchez Pérez y otros.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición, en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias. El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. GRAGEAS al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Argotina y Grageas de HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas. ARGOTINA BONJEAN. Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris. LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA

El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energia vital.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^e, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Pildoras y Jarabe

BLANCARD

Con loduro de Hierro Inalterable.

ANEMIA

COLORES PÁLIDOS

RAQUITISMOS

ESCRÓFULOS

TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Exijase la Firma y el Sello de Garantia. — Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion BLANCARD

Comprimidos

de Exalgina

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS

DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES,

UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo

y el mas poderoso medicamento.

CONTRA EL DOLOR

Las Personas que conocen las PILDORAS del D^r DEHAUT

DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINS

Sóberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Selne.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empleese el PILAVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN